

# Los Malos Están Aquí



Elmer Ruddenskjrik

Copyright © 2016 Elmer Ruddenskjik

Todos los derechos reservados.

Este libro va dedicado a todos los fans de “Elangel Pulois”. Pese a ser el creador, yo mismo soy un enamorado de este mundo y sus personajes. ¿Un autor que hace “fanfics” de sus propias novelas?

Sí.



El reconocimiento para todo logo de “Ruddenskjrik Enterprises Incorporated” se lo debemos a Fernanda Vera, descendiente de Cthulhu pero Furia de Satán, y por tanto probable dicotomía y causa de un conflicto entre universos ignotos y reinos prohibidos.

Aprovecho para advertiros...

El Fin está cerca.



*Dedicado a María Larralde...*

*Y ahora, que comience la función...*

## EL ROSTRO DE LA LOCURA

Me llamo Turk Robinson, y siento que me voy a morir.

—¡Dios, Rob, vuélvete! ¡Tu puto aliento me deja sin aire!

La tía que me habla, sea quien sea, me empuja haciendo que me tumbe boca arriba. Vale, así respiro algo mejor; los pulmones se me abren, pero la cabeza me sigue matando. El dolor es tal que no quiero ni abrir los ojos. El leve resplandor de la luz del día que traspasa mis párpados ya me hace arder las retinas. Intento preguntar la hora, pero me atraganto y me pongo a toser. Siento que tengo la tráquea llena de pelos... y puede ser, la boca me sabe a coño. Hago un esfuerzo sobrehumano por apoyarme con los brazos y ponerme sentado, luchando contra el peso y la forma de mi redonda barriga peluda.

—¡Ah! ¡¿Qué haces?! ¡¡Que me tiras del pelo!! —Se me queja la chica a mi izquierda. Su voz me es familiar, sí, pero ahora mismo no sé cuál de las dos es, y hay días que ni siquiera les veo diferencia...

—Quiero... café —consigo balbucear. Necesito el empuje de la cafeína y el fuerte aroma arrasando con los sabores pegados a mi paladar.

—¿Y? ¿A qué esperas para levantarte y hacerlo? Por cierto, se acabó el azúcar...

Ahora sé que se trata de Mara, es la que pasa de comportarse como una mujer al uso. Sólo salir, beber, ver pelis, follar, cualquier cosa que tenga que ver con actuar como una novia... pero sin servilismos femeninos. Tampoco es que los necesite... Pero en momentos como éste me vendrían muy bien.

Abro ligeramente los párpados. Ya me imagino, por la intensa franja de luz que pasa por la rendija de un palmo bajo la persiana, que es más de mediodía. Me froto la cara. Las púas de mi incipiente barba me abrasan los dedos, la resaca me hace sentir todo exagerado e invasivo.

—¿Tú... tú quieres? —Le pregunto, intentando ser agradable.

Sé de sobra que se está cansando de mí, e incluso sospecho que ya anda viéndose con otro tipo, mi sustituto... Podría averiguarlo fácilmente, si no fuera tan vago. Ya me dedico a investigar por oficio, no me sale de los cojones pasarme el tiempo libre haciendo eso mismo... No soy de esa gente que son lo que su trabajo hace de ellos. No soy poli todo el día. Y a veces no lo soy ni en las horas que en verdad me tocan. Como hoy mismo. Como ahora.

—No sé qué mosca te ha picado, pero prefiero que dejes de moverte y me dejes seguir durmiendo... ¿No deberías estar trabajando? —Oigo cómo se mueve, y supongo que se ha vuelto a mirarme. Estoy sentado en el borde de la cama, forzando a mis ojos a acostumbrarse al sol—. Te desperté hace horas, pero sólo musitaste algo, me eructaste cerveza en la cara y te tumbaste sobre la panza. Puto cerdo...



—Pues... ¡que te jodan! —Que no se diga que no lo intenté.

La mala hostia que me invade al pensar en mis duros esfuerzos cayendo en saco roto me da las fuerzas necesarias para ponerme al fin en pie y dirigirme a la pequeña cocina de su apartamento. Con manos torpes preparo la cafetera y la pongo a funcionar, y regreso al dormitorio en penumbra para buscar cada prenda de toda mi ropa. Lo único que no encuentro son los calzoncillos...

—Aquí, inútil —me anuncia Mara, y tira de algo bajo las sábanas y me lo lanza contra la cara. Sí, aquí están.

Me cuesta tanto vestirme que para cuando termino de atarme los zapatos la cafetera ya está haciendo esas gárgaras suyas de que ya terminó con el agua. Me termino de abotonar la camisa beis y me la meto bajo la cintura de los pantalones marrones.

—Tráeme un poco, anda —dice Mara, con un tono más conciliador.

—¿En serio? ¿Aunque no haya azúcar? —pregunto sin mirarla. Aún estoy molesto.

—Hay un bote de leche condensada en la nevera. Tráemelo.

Me sirvo café en dos vasos, y a ella le traigo el suyo y su bote de leche.

—¿No quieres, tú? —Me ofrece del bote en un meneo, mientras me siento junto a sus caderas.

— No... —alzo el vaso de cristal medio lleno de café—, me viene bien un traguito amargo como aperitivo de lo que me espera el resto del día.

—Salud, entonces —responde con sarcasmo, chocando su vaso contra el mío—. Luego deberías lavarte los dientes, no creo que el café acabe con... tu aliento de dragón.

—Ya.

—Y péinate.

—Claro.

Salgo del sencillo edificio de apartamentos, levantándome las solapas de mi chaqueta de cuero marrón, vieja y dura, y cuya cremallera se me ha roto hace tres días. Resulta que llueve a mares, y hace un frío del demonio. Miro hacia el cielo con los ojos entrecerrados. El sol brilla muy alegre tras unos tímidos huecos entre las nubes negras de esta repentina tormenta, que se desplaza a toda velocidad como un río de rocas que vuelan. Menudo tiempesito de mis cojones. Pareciera que al bajar los cuatro pisos de escaleras haya sido teleportado a otro puto mundo, nada que ver con el que descubrí al despertar.

Suspiro y me acerco hasta el coche. Tengo que encender la radio y presentarme al servicio, pero como no tengan nada para mí, me voy a meter a la primera cafetería que vea a desayunar en condiciones... aunque sea casi la una de la tarde.

—Aquí el agente Robinson, entrando al servicio...

Hago una pausa para suspirar de nuevo, pensando si a alguien le importará una mierda, e iba a decir algo más, improvisar una excusa o algo, pero se me adelantan, y me responden antes de que pueda volver a pulsar el botón de emisión.

—Turk, tío, estamos en el hospital psiquiátrico —me responde entre estática la voz de Sean, uno de mis dos compañeros de equipo —. O sea, el grande... Hospital psiquiátrico Forrester, se llama, el que está en las afueras del distrito 43.

Yo ni siquiera sabía que había un distrito 43.

—Ay mierda... ¿eso para qué lado queda, hombre? —Pregunto

con la voz ronca. Sólo quería desayunar en condiciones, joder.

—Es en las afueras de la ciudad, al Noroeste. Escucha, no se sabe si esto es para homicidios, pero tienes que venir. Ven, no jodas, ¿eh?

Encima eso, hacerme dar vueltas para quizá no pintar nada... Que me insista un poco más y me volveré a la cama con Mara de inmediato.

—¡Que sí, que ya voy! —Rujo ya harto de su voz de payaso constipado, pero enseguida cambio el tono a uno más tranquilo— ¡Ah, oye! ¡Pilladme un café y un par de rosquillas o cuatro!

—¿Qué? ¡Oye, ¿de qué vas, macho?! ¡Que siempre tenemos que invitar nosotros a los cafés, y tú...!

Como no aguanto más su voz de marica apago directamente la radio y arranco el coche para conducir hasta allí. Paro un momento en doble fila cuando un semáforo en rojo hace que la tentación de un café para llevar sea insoportable. Me bajo de inmediato dejando el coche en marcha y todo, y entro en la pequeña cafetería exigiéndole a la cansada joven del otro lado del mostrador que me dé rapidito un café para llevar, con extra de azúcar, y dos magdalenas con viruta de colores de la vitrina. Para cuando me pasa el café en el vaso de papel y las magdalenas envueltas en una servilleta, ya lleva rato que estoy oyendo insistentes pitidos de otros coches, imagino que protestando y exigiendo que el mío se quite de en medio. Al salir, me encuentro con que un puto subnormal está abriendo la puerta de mi coche y parece ir a meterse dentro.

—¡EH! ¡EH, EH, EH! ¡¿A DÓNDE VAS, CAMPEÓN!? ¡¿A TI QUÉ TE PASA, GILIPOLLAS?! —Le grito con el cuello tenso como una tortuga apareándose, pero con cuidado de que no se me caigan las magdalenas de la mano derecha y no se me derrame el café ardiendo desde la inútil tapita, sujeto como está el vasito con tres dedos de la otra mano.

—¿Es tuyo el coche? —Me replica el capullo, malhumorado pero contenido—¿A ti qué te pasa, hombre?

—¿Que qué me pasa? ¿Qué te pasa a ti, subnormal? ¿Te ibas a llevar mi coche? —Le contesto aún gritando, mientras rodeo el vehículo tranquilamente por delante. Apenas me oigo con el sonido de los cláxones de detrás, pero me importa una mierda, ya ando subidito—. Echa un vistazo dentro... ¿no ves que es un coche de policía, subnormal?

—Joder, sólo iba a moverlo, que mira la que estás armando —me espeta el tío a la cara cuando ya he llegado junto a la puerta abierta, levantando una mano hacia la fila de coches bloqueados, mientras el otro carril sigue fluyendo—. Menudo poli, hay que joderse...

—¡Anda, lárgate de aquí, que se me van a empapar las magdalenas! —Le grito, metiéndome al coche rápidamente y dejando todo sobre el salpicadero, en el lado de la guantera—¡Y ciérrame la puerta! ¡Eh!

El tipo ya se ha ido y me ha dejado hablando solo. Puto capullo toca cojones. Cierro yo mismo de un portazo. Ha quedado todo el reposabrazos de la puerta salpicado por la lluvia, gracias al gentil ciudadano de a pie. ¡Joder, qué mañana!

Tras cerca de una hora de hacer el tonto con el coche por una parte de la ciudad que no conocía, consigo llegar al hospital psiquiátrico Forrester. No sé por qué tenía la imagen mental de que parecería una iglesia antigua reconvertida; quizá por el asunto de ser un manicomio, en un día lluvioso, donde ha muerto alguien... Pero se parece a cualquier otro hospital ordinario de la ciudad, salvo por el hecho de estar edificado en su propia parcela, convenientemente alejado de los primeros edificios de la periferia de la ciudad.

En lugar de un edificio antiguo y de aspecto gótico, recargado de gárgolas, ángeles y querubines siniestros, y rematado por torreones en

los vértices de los límites de sus tejados, lo que veo es un bloque de tres edificios grises y rectangulares de hormigón, dos de ellos dispuestos transversalmente respecto al tercero central. La propiedad está cerrada por un murete de ladrillos rojos sobre el que se yergue una reja de lanzas de hierro negro, como de... unos tres metros de altura, no sé. Desde luego el interior no tiene nada que ver con el entorno desértico del entorno, que en lugar de resultar polvoriento, hoy sólo parece sucio y fangoso por esta puta lluvia, gruesa como escupitajos: consta de una pista de asfalto con aparcamiento y varios amplios segmentos de cuidado césped, el cual no parece servir para el recreo de los pacientes en días soleados, ni mucho menos... No tiene pinta de ser pisoteado habitualmente por tarados y mongólicos, ¡qué va!

La carretera que sigo y que parece llevar hacia la desolación de ninguna parte, allí, muy lejos, en la profundidad del desierto, se bifurca hacia el lado izquierdo para dirigir al visitante contra la alta doble puerta de más reja de hierro pintado en negro. Se encuentra abierta, y dos coches de patrulla de la policía metropolitana flanquean el paso al interior. Saludo a los guardias dentro de cada coche, pero creo que ni me estaban mirando, o han pasado de mí. ¿Quién ve nada fuera, con esta puta tormenta? ¡Bah, que les den! Aparcadas cerca del conjunto de amplias escaleras con rampa lateral que suben hasta la entrada principal del hospital, me encuentro dos ambulancias dentro de las que esperan como aburridos, alguno incluso dormido, los técnicos sanitarios, conductor y acompañante. Me pregunto cuánto tiempo llevan ahí y si es que no hay personas heridas o alteradas emocionalmente de las que ocuparse, como suele ocurrir cuando se encuentran cadáveres en lugares públicos... El coche negro y de línea larga y cuadrada, moderna, de mis dos compañeros, está aparcado a cierta distancia de las escaleras, donde se encuentran las primeras plazas de aparcamiento. Como no quiero hacerme todo ese recorrido a patita bajo la lluvia, endoso mi modelo clásico y redondeado justo entre las dos ambulancias, delante mismo de la decena de amplios escalones. Abro la puerta procurando no golpear con ella el lateral de

la caja de la ambulancia a ese lado, haciendo que ambos materiales se unan en un inaudible contacto. Consigo sacar la cabeza y los hombros, pero tengo que meter tripa dolorosamente para acabar de salir del coche. Cierro de un portazo, fastidiado y empapado hasta el pecho de chupar lluvia durante ese enfrentamiento de claustrofobia con la puta puerta. Subo los escalones a toda prisa, pero todavía me quedo fuera un par de minutos, sin nada que me cubra, mientras golpeo con insistencia y cada vez más fuerte el cristal blindado, cuyas puertas corredizas automáticas deberían abrirse por sí solas. Detrás hay un puesto de control con detector de metales, y más allá un pasillo que pasa de lado a lado, quién sabe hacia dónde. No se ve a nadie, y por cómo está distribuido el espacio, tampoco parece que el sonido de mis golpes pueda ser escuchado más lejos. Ya estoy a punto de volverme al coche para ignorar mis ganas de liarme a tiros con los cristales, cuando Sean aparece correteando desde el lado derecho de aquel pasillo. Se acerca al mostrador para guardias que veo a la derecha y activa algo, que permite al fin que las puertas se abran. Paso al interior con los puños tensos y mi tripa y entrepierna empapadas.

—¡Coño, Turk! ¿Por qué no aparcaste más cerca, con este diluvio?  
—empieza a decirme, con su voz más nasal de alucinado.

—¡Mira, capullo! —le señalo el coche justo allí delante—.  
¡¿Querías que lo metiera embistiendo la puerta?!

—¡Ah, coño! Es que como vienes tan empapado... —tiene los cojones de decirme, el tío.

—¡Es que llevo cinco minutos delante de la puerta, aporreándola!

—¡Es que no sé por qué coño aparcas aquí delante, macho!

—¡¿Qué? —me detengo un momento a medio camino de llegar al pasillo transversal de delante, justo tras pasar el detector de metales por el lado de fuera, sin acabar de creerme que me ande regañando,

encima—. Oye tronco, ¡vuestro puto coche está ahí delante! ¡Y dos ambulancias!

—Sí, bueno, porque vinimos los primeros, y las ambulancias con nosotros, pero Gabe pensó que sería mejor cerrar la entrada de los visitantes y pedirles a todos que entraran por la zona del personal, detrás del edificio... —me dice muy rápido mientras se me acerca y hace gestos de que avance, como si fuera un paciente lobotomizado del centro.

—¡Pues a mí no me dijisteis nada, coño! —protesto echando a andar de nuevo, realmente cabreado.

—¡Joder, que te lo repetí tres veces después de que me pidieras el café! —sigue el tío, a mi lado, haciendo aspavientos—. “¿Recibido?! ¿Recibido, Turk?!” Y silencio... ¿Se te jodió la radio? La apagaste, como siempre...

—Mira, no sueltes una palabra más que no trate sobre el caso, ¿vale? —le digo feroz, mirándole a los ojos. Me detengo ante el pasillo, sin saber hacia dónde tirar, pero de pronto me doy cuenta que ambos lados sólo llevan a rodear un tabique—. ¿Qué mierda de entrada es esta?

—Prffff —relincha Sean con sus delgados labios de marica, como una suerte de caballo homosexual. Su aspecto eternamente pulcro, la estirada actitud, su tupé negro y fino bigotillo bastan para amargarme cualquier día durante los tres años que llevamos como compañeros. Y debe ser mutuo, para ser honesto—. Tienes otro día cojonudo, ¿eh?

Tiro hacia el lado derecho para rodear ese inútil tabique, sin decir nada más. El espacio es tan estrecho que resulta claustrofóbico... y oscuro. No hay puntos de luz, ni siquiera un solo, barato, sencillo y funcional tubo fluorescente que arroje una luz difusa hacia ninguno de los dos pasillos por los que franquear el ridículo paso. También resulta ser más largo de lo que la vista ofrecía, y ésta, curiosamente,

no se aclara al acercarme hacia el extremo más alejado de la gris luz diurna del centro. No. La sensación es la de que camino hacia un callejón sin salida de oscuridad, y por ridículo que parezca, siento un escalofrío recorrerme, mientras no dejo de avanzar con paso acelerado, envarado. Tenso. Ecos del pasado tocan a la puerta de mi mente con un sonido como de nudillos pelados de toda piel y carne... de puro hueso. Desecho el augurio achacándolo a la humedad de la lluvia, y me reconforto tirándome de las ingles del pantalón mojado con los dedos pulgar e índice de mi mano derecha, intentando evitar que se me constipen los cojones.

Giro hacia mi izquierda dando una media vuelta completa en sentido contrario, y la luz del día que dejé atrás se me presenta delante a la misma distancia, como un reflejo exacto del camino que he seguido. Los nudillos huesudos, si antes tocaban tímidamente, en este momento sueltan potentes puñetazos que atraviesan de parte a parte la puerta. El olor. No es el mismo, pero... Reconozco parte del olor. Es más fuerte según avanzo, y aunque no reduzco el paso, el momento se hace tan largo como hace casi dos décadas, cuando sentí las mismas náuseas y curiosidad, mezcladas, tirando de mi aturdido peso con la parsimonia de un caracol con súper fuerza. Éste es el olor de la sangre. Sangre visceral, derramada por doquier. La que es oscura. La que apesta. Al menos no es sangre quemada... ¿Eso es un consuelo? Por el Dios en que no creo, espero que sí.

Giro hacia mi derecha. Se abre un amplio corredor por el que entra gran cantidad de luz del exterior a través de anchas ventanas laterales de doble hoja, enfrentadas a ambos lados, así que lo que esperaba encontrarme me impresiona bastante por su alcance y esplendor en detalles. Sin darme cuenta me he detenido bajo el umbral que da paso al largo pasillo, seguro de que, de alguna manera, lo mismo de hace tanto tiempo está volviendo a ocurrir. Sean me adelanta por un lado, diciendo algo, pero no le escucho.

—¿Qué? —le pregunto, sin creerme lo que veo. Mejor dicho, sin



querer creérmelo.

—Digo que “sí, ya sé que impresiona”. Por eso te dije que no sé si esto es para homicidios. Ven, ven conmigo, echa un vistazo...

¿Que eche un vistazo? Será capullo, el petimetre éste... Míralo, se pasea por en medio como una estrella de la tele alrededor de un plató en el centro del cual una mala actriz finge estar muerta mientras parpadea. Pero esto no es así, ¡para nada, me cago en la puta!

Delante de mi empapada persona, de un extremo al otro del corredor que parece recorrer el edificio en su longitud hasta su aproximado centro, no hay otra cosa que cadáveres. Si me paro a contarlos, creo que no son más de trece, pero es difícil asegurarlo. Apenas un par de ellos yacen en posturas propias de un muerto, tumbados boca arriba ella y boca abajo él; el resto parecen haber sido atacados de maneras tan brutales y extrañas que sus cuerpos no han podido hacer más que retorcerse sobre sí mismos de dolor o de miedo hasta el momento justo o último de su fallecimiento. Cuando avanzo un poco, intentando no pisar los amplios charcos de sangre alrededor de las víctimas, descubro que varios parecen haber muerto a golpes en la cabeza contra la pared o algún objeto contundente, otros pocos desangrados después de que alguien les arrancara pedazos de su garganta en lo que parecen brutales mordiscos. La mujer tumbada no tiene ojos, sólo dos rosas de carne repugnante en su lugar, como si alguien le hubiera hundido los dedos en las cuencas hasta matarla. Un par de ellos están tirados contra la pared, a un lado, abrazados lánguidamente como exhaustos tras una ardua pelea: el que está debajo lleva de adorno la parte final de un bolígrafo brillando desde el interior de la oreja izquierda, casi parece un moderno auricular...

No entiendo nada. Nada de lo que veo tiene sentido. No sé si siento alivio, pese a la carnicería. Cuanto veo no me resulta familiar. No parece que nadie haya matado a estas personas. Ningún asesino quiero decir. Es como si hubiera estallado un terrible tumulto o

discusión, que les hubiera motivado a pelear entre todos ellos hasta la muerte... De modo que... ¡vale, no comprendo lo que veo!, pero al mismo tiempo me siento reconfortado. Decididamente no era la humedad lo que me hacía sentir inquieto.

Suspiro y sigo avanzando, con cuidado de no tocar nada, esquivando a un par de forenses que no conozco, quizá nuevos o de otro distrito. No sé ni qué hacen aquí Gabe y Sean, ni yo mismo, claro... Por territorio no debería ser asunto nuestro. Sean me lleva hasta encontrarnos con Gabe, apoyado contra un mostrador como de recepción o secretaría, cuadrado, desde el que se pueden otear los pasillos que llevan a uno y otro edificios colindantes y perpendiculares a éste en que estamos. Lo que pensaba que eran tres edificios independientes, adosados en forma de una gigantesca cruz, en realidad parece ser una única construcción con esta forma. ¡Ah mira, qué bien! El café y una caja de rosquillas...

—¡Joder, tío! Ya era hora, ¿no? —suelta Gabe, sin ni siquiera volverse, sólo mirándonos de reojo, por encima del hombro. Paso de decirle nada, me acerco al vaso de papel con tapa del café y las rosquillas a su derecha, sobre el mostrador—. ¡Espera! ¡Que el tío sólo ha venido a desayunar!

—¡Este café está frío! —protesto, tan pronto como le echo mano.

—Turk... Hace como hora y media que nos los pediste —dice Sean a mis espaldas—. Y hubo que ir a hasta la ciudad a por ello... ¡vamos, tuviste veinte minutos, más o menos, para llegar y encontrártelo calentito!

—¡Que no sabía llegar, coño! —me defiendo, tragando un leve sorbito del café. Al menos está dulce. Estiro unos dedos ansiosos y levanto la tapita de la caja de cartón rosa, esperando palpar cuanto antes alguna rosquilla glaseada o seca, me da lo mismo. Tengo hambre—. ¿Pero qué...? ¡Me cago en todo, que no hay nada, aquí!

Y levanto de un manotazo la tapa, quedando la caja de las rosquillas descubierta, abierta como un libro, con las migajas, restos de azúcar glaseado y virutas como muestras de un catálogo del pasado. Miro a Gabe, y luego a Sean, esperando la debida explicación y consecuente disculpa.

—A ver, Turk... ¿qué esperabas? —empieza a decir Gabe, aún apoyado en el mostrador, sin mirarme—. Llevamos aquí desde antes de las diez, y son casi las tres de la tarde... Nos vimos con comida en las manos y no pudimos contenernos.

Todo eso me lo suelta tranquilo como siempre, y con su más sentido tono de cansancio, prácticamente suspirando toda la última frase. Gabe sólo lleva un año asignado a nuestro departamento de homicidios, trasladado desde otro distrito, uno de los más corruptos. Tengo entendido que daba demasiados problemas, siempre armándola con todos sus compañeros. Un tipo que estudió en la universidad, la carrera de criminología, o la criminalística, o yo qué sé qué mierdas, no me interesé tanto. Fue detective de homicidios hasta que sus enfrentamientos con los superiores les obligaron a quitárselo de en medio. Y con nosotros que acabó. A veces pienso que es mi sustituto. Es duro y diligente, las cualidades que he ido perdiendo con los años y que me dieron célebres resultados, no sé decir si malos o buenos, años atrás... Pero también cínico y violento, facetas que sí que conservo y que hacen de nuestra relación con los demás algo muy parecido a una cuerda de piano demasiado tensa: un elemento capaz de irse a partir violentamente en dos, o que es muy susceptible de verse bañado en sangre mientras rebana tierna carne...

Sé que me desprecia por vago y descuidado. ¿Yo a él? Por ser aún todo lo que yo fui. Es como encontrarme conmigo de joven, y ver en sus ojos cómo me habría mirado yo mismo: el odio al poli gordo, cansado y confortado por una rutina administrativa que le protege de toda responsabilidad real para con la seguridad y bienestar del ciudadano, que le absuelve de la obligación de ser un auténtico

hombre de la ley, como debería ser. Sus escasas y turbias miradas me lo recuerdan, me señalan y me echan en cara los viejos tiempos. Sin duda él se da cuenta, porque suele evitar mirarme a los ojos, casi como si se compadeciera de mí, como si intentara comprender que ya me acerco a las cinco décadas y que cargo a las espaldas mucha mierda. No sé qué sabe de mi historia personal, pero tengo claro que sólo una cosa nos ha mantenido a raya en cada puta ocasión en que estuvimos a punto de liarnos a hostias: sabernos el uno al otro polis honrados.

—Pues al ir a por los cafés... —le espeto, hablándole como a un niño retrasado (qué oportuno estando donde estamos) —, haber pillado algo para vosotros, idiotas.

—Mira, mandé a este gilipollas que trajera unos bocadillos, y... ¿cómo habías dicho, Sean? —le anima a seguir, levantando un pulgar hacia él, sin volverse a mirarle tampoco.

—Joder... que allí sólo tenían comida llena de grasa, hamburguesas y variedades de perritos, nada vegetal... —se defiende Sean, atusándose con la mano izquierda el cabello engominado mientras con la derecha se agarra a la cintura de sus pantalones negros y ajustados. Me pone enfermo—. Yo no como esa mierda, chicos, lo sabéis... y tú Gabe, y que esto no te suene homosexual: ¡tienes una buena línea que deberías conservar!

—¡Claro, que no me suene homosexual! —celebra Gabe con sarcasmo.

—¡Que tengo novia, tíos!

—Tendrás novia, pero estoy seguro de que te da ella por el culo, maricón —Gabe bufra por la nariz, de pura risa, a mi lado—. Me pregunto si pensaste en tu salud mientras os comíais a carrillos llenos mis rosquillas... ¡muertos de hambre! En fin, ¿sabéis entonces qué ha pasado aquí, o no?

—Pues... —empieza Sean, y me señala con la mirada las espaldas de Gabe.

—A ver... Los forenses están aquí ahora, pero han estado echándole todo el día un ojo al resto... porque, Turk, este espectáculo se repite por buena parte del hospital. —Gabe hace una pausa para volverse, pero apoyándose de nuevo con ambos codos en el mostrador, y dejando su mirada revolotear distraída sobre los cadáveres y el examen de los forenses—. Están acabando, pero tienen claro que es más o menos lo que parece: toda esta gente parece haberse liado a hostias entre ellos hasta la muerte, en lo que debe haber sido una auténtica batalla campal. Como ves hay enfermeros, médicos... la mayoría pacientes que, asumo, debían ser inofensivos... y algunos visitantes. Va a ser una mierda identificarlos a todos. Algunos parecen haberse suicidado tras matar a los demás. Nadie ha sobrevivido, sólo los pacientes que no han salido de sus habitaciones, y, lógicamente, aquellos de las secciones de alta seguridad, tanto de la sección femenina como masculina—Gabe hace un par de gestos respectivos con la mandíbula, a su derecha e izquierda respectivamente, al nombrar dichas secciones.

—Si nadie ha sobrevivido, ¿quién dio el aviso de que pasaba algo? —pregunto, esperando que tengamos un testigo de toda esta jodida e increíble masacre.

—Una enfermera cuarentona, una mujer que entraba dos horas y media tarde por diligencias personales —apunta Sean, precisamente leyendo su negra libretita de apuntes—. Margaret Namanis, se llama... y que había avisado de que llegaría tarde para poder acompañar a su hijo al hospital, que según parece tiene infección aguda de oído...

—Bueno, ella, que llegó a trabajar, entrando por la puerta de atrás, la de personal, y se encontró todo esto, entre las nueve y cuarto y nueve y media —le interrumpe Gabe, sabiendo que no me interesa una mierda la vida y misterios de esa pobre mujer—. Ella no sabe nada, pero la han acompañado al hospital con su hijo, ya que aquí no

pinta nada más... Le pusimos escolta, tranquilo. Por lo que pueda pasar. Pero tenemos más cosas, no te frustres...

—No me frustró, eso ya lo hizo el café frío y la falta de rosquillas, campeón —le bromeo, pero feroz, sin sonrisa ni tono conciliador.

—Los pocos pacientes con los que se puede hablar dicen todos lo mismo. Empezó el tumulto, y algunos se asustaron y encerraron en sus habitaciones, otros salieron corriendo a ver qué pasaba... Es evidente, si miras hacia uno y otro lado, que los de esa idea acabaron tan mal como los que alfombran el camino por el que viniste...

—Espera, espera... o sea, ¿dices que la gente oyó jaleo, se acercó a mirar qué pasaba, y se empezaron a matar entre ellos? ¿Todos?

—Bueno... no lo digo yo, es en lo que parecen coincidir los testigos, pero no vieron nada, describen gritos, gritos de angustia y rabia mezclados. Algunos dijeron que era el fin de los días, que esto era el principio del fin. Que el mundo se dirigía a su ruina, y ésta era la primera señal. No sé, mira, cosas de locos, ¿vale? Todos están asustados, aún en sus habitaciones. He mandado dos parejas de agentes a cada sección, para que les atiendan y vigilen. No quiero que salgan de aquí, porque esto es muy raro, y no quiero pensar que alguno haya tenido algo que ver en todo esto y perderle de vista... no sé, me parece un riesgo.

—Comprendo —digo asintiendo, y terminándome de un trago el café. Tengo ganas de más dulce.

—Bien, pero hay un tipo, que tiene su habitación muy cerca del paso a la galería de aislamiento, la de los varones, lógicamente... Parece bastante más cuerdo que la mayoría, aunque algo disperso... Él dice algo a lo que le doy cierto grado de credibilidad. Habla de un paciente escapado.

—¿Qué? ¿De uno sólo? Mira, con toda esta mierda lo que me extrañaría es que se haya largado sólo uno, Gabe —protesto, cansado

con antelación de pensar en dar crédito a las paridas de un tarado.

—Escucha... Él asegura que sólo una persona ha sobrevivido a esto, un paciente recluido en una zona secreta, subterránea, del complejo. Mira, pues la zona secreta no es, porque hay un registro ordinario como el de cualquier otro paciente, aunque sí que es una celda subterránea... Y digo celda, porque eso es lo que es, ya la verás... En fin, el registro. Mira, hemos tenido tiempo de sobra, y con la ayuda de otro agente de patrulla, Sean y yo hemos hecho recuento de pacientes. Están todos, los aún vivos y los muertos de por aquí. Pero falta uno, como dice ese paciente...

—¿En serio? ¿El paciente secreto de la mazmorra subterránea? Y... ¿qué pasa, Gabe? ¿Crees que él provocó esto? ¿Que él lo organizó todo, la gente empezó a pelearse por él, para liberarle?

Obviamente no hablo en serio, aunque no esté usando mi tono de sarcasmo. Y creo que no lo hago porque estoy verdaderamente confundido con todo esto. Pero dudo mucho que un grupo de gente incursionara a manos desnudas en un lugar para ponerse de acuerdo con los pacientes de un psiquiátrico y rescatar a otro paciente enclaustrado... Y ni mucho menos entiendo que los empleados del hospital fueran a ser capaces de presentar una resistencia tal como para llegar a matar a nadie. ¿Pero qué digo? Esta gente parece haberse enfrentado en un “todos contra todos”, sin bandos ni objetivo. De haber sido una batalla con un fin, se distinguiría algún bando ganador. ¡Los escasos posibles vencedores se han quitado la vida! Mejor que deje a Gabe explicarse... Si le escucho, quizá mi cerebro tenga menos tiempo para pensar locuras.

—Escucha, su dossier —Gabe estira un brazo por detrás del mostrador para coger una pesada carpeta marrón, ajada, dentro de la que parecen encontrarse revueltas cientos de hojas. La sitúa ante mí, la abre, y con pulgar e índice extrae y me anima a coger yo mismo la que debe ser la primera hoja de un expediente muy largo. Supongo que espera que lo lea, pero me quedo bloqueado en las primeras dos

palabras que leo bajo la casilla vacía de la foto del paciente, mientras Gabe me recita de memoria algunas cosas—: paciente ingresado a la edad de cuatro años, padres fallecidos, informe policial clasificado, y no sé si tenemos autorización para acceder a él. Se le describe como muy peligroso, con delirios de grandes poderes. Violento e impredecible. Al parecer la idea es la de que siempre debían tenerlo encerrado e inmovilizado. Vivía como un puto vegetal, pese a ser consciente de todo. Es el que falta, Turk. Muerto no está, y no lo imagino escondido por el hospital, aunque ya puse a gente a buscar...

—Este nombre —les digo a los dos, a Gabe y a Sean, mirándoles a uno y a otro—, coño, Elmer Ruddenskjrik. ¡Yo conocí a un tal Ruddenskjrik!

Sean se encoge de hombros y relincha con una media sonrisa, mientras Gabe asiente, mirándome como muy pocas veces a los ojos. Sin desprecio esta vez. Más bien todo lo contrario.

—¡Sí, joder! El doctor Sinasias Ruddenskjrik, el médico forense que colaboró contigo en el caso de los Cauces. Murió a manos de una de ellas, las asesinas autoproclamadas Los Cauces...

—... de los Ríos de la Sangre, sí —me detengo para volver a leer el nombre, lentamente—. Sabía que tenía un hermano, mucho más joven que él, casado... Éste... ¿éste es su hijo?

—No hay más Ruddenskjrik en la ciudad. Lo que sí sé es de los rumores, de un asunto jodido, en que murieron muchos policías. Un niño, sólo en su casa, llamadas de los vecinos por los insistentes llantos del crío... La policía llega, y masacre al canto, sin ningún motivo. Es algo que tengo oído, ¡una leyenda urbana! Pero veo todo esto... ese dossier... y no sé, Turk... Se me ponen los pelos de punta. Deberías hablar con ese tipo.

—No tengo oída esa historia —dice Sean, sonriendo nervioso, temblándole el tupé en leves sacudidas.



—Esta es una ciudad muy grande, Sean —le recuerdo, y dirigiéndome a Gabe—. Está bien, joder, vamos, llévame con el paranoias ese...

—Sígueme.

Gabe empieza a caminar pasando por delante de mí y dirigiéndose a la galería a mis espaldas, la que está orientada al Oeste, hacia donde se extiende el interminable desierto. Al lado izquierdo se reparten las entradas a las habitaciones de los pacientes comunes, al lado derecho más ventanas dispuestas cada cuatro metros.

Hay casi dos decenas de cadáveres más, todos ellos visiblemente maltratados, vapuleados. Una paciente de pelo recogido en una coleta tiene ambos lados de la boca arrancados, las mejillas levantadas casi hasta las orejas. Uno de los guardias del centro, quizá el mismo que debía vigilar la entrada para visitantes por la que me empeñé en pasar, está sentado con la espalda apoyada contra la pared bajo una de las ventanas del corredor: las piernas extendidas, los brazos lánguidos, las manos levemente pálidas y medio abiertas, como para recoger agua, junto a los muslos... Solo, como si los demás hubieran respetado su retiro. El cadáver mantiene la cabeza alzada, la boca abierta, de la que asoma el mango marrón de su rudimentaria porra de madera, contra el que parece que están a punto de rechinar sus incisivos. La garganta está hinchada de una manera monstruosa, como si con hacérsela tragar al estilo fakir no hubiera tenido suficiente su agresor, y hubiera estado meneándola violentamente hasta matarlo. El tío debía ser estrábico, pero la sensación que da es la de que los ojos se le salieron de las órbitas por la violenta manera de morir, entre asfixiado y reventado por dentro. Me produce tal sensación de horror la surrealista y rebuscada violencia que me detengo a mirarlo con detenimiento, meneando la cabeza... No comprendo a quién coño se le podría ocurrir matar a otra persona así. Bueno, se me ocurren un par de personas, pero las sé muertas...

—Sé lo que estás pensando —interrumpe mis pensamientos

Gabe, un par de pasos por delante—. Pero los forenses están bastante seguros de que ese tipo se hizo él solito... “eso”.

—¿Qué? —exclamo, mirándole a los ojos, antes de volver a dirigir la vista sobre la garganta hinchada y amoratada—. ¿Éste se suicidó así?

Noto cómo Gabe asiente con la cabeza, por el rabillo del ojo, y reanuda la marcha, siguiéndole hasta una habitación al extremo del corredor.

—Aquí es, Turk, adelante —me dice, como si de repente fuera el mayordomo de algún gran señor de una mansión, y me hubiera llevado hasta la concertada cita con él.

Paso de decirle nada, quiero acabar cuanto antes con esto, así que entro, y ahí me encuentro una acogedora habitación, con un par de camastros individuales junto a las paredes a los lados opuestos de una ventana enfrentada directamente con la puerta por la que entro. Al borde de la cama a mi izquierda me mira con fijos ojos azules un hombre delgado, cuya calvicie no le impide lucir una densa melena blanca rodeándole la cabeza de una sien a la otra. Al verme acercar frunce los labios, y la espesa barba canosa se une un momento dando la impresión de que su boca desaparece. Ya estoy suspirando, pensando que eso pueda significar que no tiene intención de decirme nada, pero, para mi sorpresa, empieza a hablarme él:

—Ya les he dicho a sus amigos lo que sé... Supongo que no me creen por estar donde estoy, y eso significa que debo repetírselo a cada tipo que hagan entrar en la habitación, a partir de ahora, ¿no? Para asegurarse de que no son delirios al azar, ¿no?

—Bueno, caballero —empiezo, tras coger aire sonoramente—, en realidad todo esto tiene tan confuso a todo el mundo que más bien han querido que me lo cuente directamente a mí, sin filtros...

—Entonces... ¿es usted como el jefe de la investigación, o algo así?

—Turk Robinson, inspector jefe de homicidios —le anuncio, sacando con dificultad mi cartera con placa del acartonado y húmedo bolsillo interior de mi chaqueta—. El problema es que aún está por decidir si esto es asunto nuestro... Porque tiene todo el aspecto de tratarse más bien de un asunto de orden público, o quizá de jurisdicción federal...

—¡Ah, no! ¡De eso nada! Esta gente fue asesinada, inspector jefe... —me interrumpe enseguida el tipo, volviendo a hacer desaparecer de nuevo su boca, mientras echa un vistazo rápido por el cristal de la ventana. Sí que parece distraído, como dijo Gabe.

—Algunas personas han sido asesinadas, sí, pero otras se han suicidado, tenemos aquí a un par de expertos que están corroborándolo y...

—¡No!, todos han sido asesinados, inspector jefe. Fue el hombre del sótano, el paciente secreto del sótano... —supongo que el tipo tiene ganas de hablar, así que no digo nada, y me quedo de pie ante él, con los brazos en jarras, esperando toda su historia. Sigue mirando más allá de los cristales de la ventana, de vez en cuando, y habla despacio, como si tuviera que pensar mucho las palabras. “En fin”, me digo, “allá vamos”: —. Durante más de una década lleva ese hombre allí, y desde que le trajeron, el número de locos peligrosos no ha hecho más que aumentar. Algunas de las personas que yo conocía, incluso gente con la que compartí habitación, han acabado locos de remate tras ser llevados con él... ¡A la fuerza, por supuesto! ¿Sabe de los tiempos de la lobotomización, cuando se utilizaba para dejar como borregos a los chiflados más problemáticos? Bien, en este hospital se han estado dedicando a todo lo contrario, utilizando a ese demonio con forma de hombre del sótano...

—Así que... usted no sólo cree que ese paciente del subterráneo se ha escapado, sino que es además el responsable directo de todo lo ocurrido.

—Desde luego. No lo creo... ¡Lo sé! Precisamente porque ha escapado es que ha ocurrido todo esto... En cuanto empecé a oír todo el caos tras esas puertas de ahí fuera —explica alzando una mano con desidia hacia el pasillo fuera de su habitación—, corrí a ocultarme aquí, temiendo volverme tan loco como los demás, y acabar suicidándome... O peor aún... ¡haciendo daño a algún amigo! ¿Pero de qué ha servido? ¡Ya lo ha visto! Muchos de esos eran colegas... incluso había algún enfermero que no se merecía pasar por esto...

—Vale... —resoplo, dejando caer los brazos, como derrotado.

—Sí, ya sé que no me cree... Nadie me ha creído nunca... ¡Pero llevo aquí mucho tiempo! Sabía que acabaría pasando esto... Ese hombre no es un hombre, inspector jefe. Él es una puerta. ¡Una puerta al Infierno!

Mierda. Eso es justo lo último que necesitaba escuchar. Cabe la posibilidad de que este tipo sepa quién soy, y, si siguió las noticias hace años, además conozca algo acerca del caso de Los Cauces: el par de chicas asesinas que decían ser las guardianas de una puerta por la que habría de llegar a nuestro mundo una deidad más antigua que el habla... Pero aunque así sea, y esté intentando tocarme alguna fibra del pasado para sugestionarme y arrastrarme hacia el terreno de sus delirios, no puedo pasar por alto que cada una de las muertes del hospital es absurda y surrealista, y encima el “paciente secreto” tiene que ser un pariente del doctor Ruddenskjrik, el forense que fue mi compañero inesperado en el caso de Los Cauces. La mano huesuda que hizo añicos la puerta de paso a mi mente ahora se alza para agarrarme de la pechera y tirar de mí hacia la boca de fétido aliento de su dueño... ¿La muerte?

Ya me estoy volviendo para regresar con Gabe, cuando me detengo a observar al hombre, que estira el cuello para seguir mirando por la ventana. Sé que sólo es un chiflado, pero me muerde la curiosidad.

—¿Qué se le ha perdido allí fuera, hombre? —pregunto con un tono jocosos, casi esperando que me diga que un amigo invisible le llama detrás del cristal.

—Un coche... —masculla como para sí mismo, haciendo que se me ponga el cabello de la nuca de punta—. El demonio, el hombre-puerta, se ha ido con el coche del doctor Tripkys. No creí que supiera hacerlo funcionar... Pero oí que arrancaba y se iba.

—¡Maldita sea, hombre! ¿Por qué coño no lo dijo antes? —le grito frustrado y cansado, al puto loco de los cojones, alzando las manos—. ¡Que somos la puta poli, amigo! Estaría bien saber esa clase de cosas para empezar a ir en su busca, ¿sabe?

—No —sentencia, volviendo de nuevo sus ojos azules hacia mí—. ¿No me escucha, no ha visto a esa pobre gente? Nadie puede detenerle. Olvídense de él.

—Le necesitamos, como mínimo para hacerle unas preguntillas... ¿Alguna idea de a dónde iría?

El tipo vuelve a hacer desaparecer su boca entre la barba blanca, mientras inspira profundamente, antes de responder.

—No debí decirle nada... Le estoy condenando... A usted, y quizá a todos nosotros. Para cuando consiguió hacer el vehículo funcionar, el jaleo ya estaba terminando, y pude distinguir que el sonido del motor se dirigía más hacia el Oeste, hacia la profundidad del desierto... No sé si huye, o si busca algo... Pero si no se ha dirigido a la ciudad, inspector jefe, creo que debería olvidarse de él ¡Dejarlo en su retiro!

—Sí, vale, gracias por su colaboración —le atajo con sarcasmo, dándome media vuelta y prácticamente dejándole con la palabra en la boca.

Me ha bastado tratar con un solo pirado para saber que no quiero

entrevistar a ningún otro, aunque por suerte quizá no sea necesario... Me reencuentro con Gabe, y le pregunto lo obvio.

—Bueno, apuesto a que un tal doctor Tripkys estará por aquí, tirado de cualquiera manera, con la cabeza abierta... ¿dónde está?

—Sí, el doctor Dan Tripkys... Era el director del hospital, y al parecer dirigía en persona todo el asunto respecto al paciente Ruddenskjrik —empuja las puertas dobles que llevan a la sección de varios pisos de locos cada vez más zumbados, donde me encuentro menos personas muertas, pero más repartidas, algunas por el suelo, otras dos adornando las escaleras de servicio que llevan a los cuatro pisos que hay por encima. A mitad de la sección hay un gran ascensor, en el que esperaba encontrarme al típico cadáver obstruyendo la puerta automática, pero no, está completamente limpio, y hasta ahí me lleva Gabe, pulsando una vez el botón, antes de seguir hablándome—. Su nombre aparece en el cabecero de todos los informes de años y años que había en esa y otras carpetas sobre el caso Ruddenskjrik... Pero además... Bueno... Está claro que estaba muy cerca del paciente cuando éste se escapó.

—¿Qué coño dices, cómo de cerca? —exclamo, no entiendo si se refiere a una proximidad física o a algún tipo de afinidad personal.

—¡Voilà! —imita en un burdo francés, extendiendo las manos mientras la puerta corrediza del ascensor se abre hacia nuestra izquierda—. Muy cerca, macho.

Ahí dentro me encuentro el cuerpo sin vida del doctor Tripkys; ahí, en la ensangrentada tarjetita de identificación que cuelga de la pechera de la ensangrentada bata blanca médica se lee, con grandes letras negras, su mismo apellido. El tipo está como acurrucado en cuclillas contra la esquina derecha del fondo del ascensor, resultando muy efectivo el chiste de predistigación que se acaba de marcar Gabe, con el sonido de timbre del ascensor tocando su aviso al tiempo que la puerta lo descubría. Por las manos deduzco, sin saber

nada de él, que el tipo era ya anciano. Y digo que fijándome en las manos, porque la cabeza ha sido sustituida por una maraña de carne y trozos de hueso y cosas que ni sé qué son, y que ni tengo ganas de examinar para averiguarlo. Me acerco echándome mano a la boca, más por asombro que por asco, curioso, intentando identificar esa cosa negra que el cuerpo parece tener clavada en el centro de lo que antaño era una cara humana.

—Gabe, tío... ¿Qué estoy mirando? Eso de ahí... ¿Qué es? —le digo con la voz ahogada, abriendo muy poco la boca sin dejar de cubrirmela, como temiendo que algo de todo eso vaya a saltarme de improviso a la cara.

—Eso, Turk... ¡Es una máscara! —dice misterioso, pero sin la gracia de antes.

—¿Una máscara? —Me inclino un poco más sobre el cuerpo. Distingo la forma cóncava necesaria para contener quizá un rostro humano, pero no tiene lugar para los ojos, nariz, o boca. Cuelgan tres gruesas correas de cuero rotas, a distintas alturas desde su filo... Me imagino con ello puesto, y me asalta una claustrofobia un poco tonta —. Espera... ¿Eso lo llevaba Ruddenskjrik?

—Mira eso, Turk. Diría que estaba hasta los cojones de la máscara... y que estaba hasta los cojones del doctor Dan Tripkys... ¡Coño tío, debía estar hasta los cojones de todo! No has visto aún la sala donde le tenían, macho: es un cuarto de dos por dos, comunicado visualmente con otro cuarto igual por un cristal como los de las salas de interrogatorios... Por su lado sólo hay espejo, y desde el otro se le vería a él de frente, tal y como está dispuesta la camilla de correas en la que debían tenerle atado... La camilla es abatible hasta una posición enteramente horizontal, pero creo que cuando se escapó estaban a punto de empezar otro de esos experimentos... Allí abajo hay otros dos guardias muertos y una paciente... Por cómo se encuentran, creemos que la paciente y un guardia mataron a golpes al otro antes de que ambos se suicidaran —

Gabe hace una pausa en la que suspira tan fuerte tras de mí que me llega el aire hasta la nuca—. Turk, tío... Ese tipo se escapó, y todo el que se ha cruzado con él de camino a la salida, parece haberse vuelto majareta. No sé si podemos acusarle directamente de alguna muerte... Que no sea la de Dan Tripkys, aquí presente. Es muy probable que encontremos las huellas de Elmer Ruddenskjrik en esa máscara con la que le golpeó hasta la muerte...

—Pues a mí me vale —le atajo, resuelto—. ¿Sabes que el paranoias dice que Ruddenskjrik se fue en su coche, en el coche del doctor? Dice que pudo oír cómo dirigía el coche por la carretera en dirección al desierto... Supongo que quiere dejar bien atrás este lugar para que no le...

—¿Hacia el desierto? —me interrumpe Gabe—. Vaya... pues, ¿sabes quién vivía en mitad del desierto? El puto doctor Tripkys.

—¿Qué?

—Sí, en su despacho, donde tiene toda la sección dedicada al paciente Ruddenskjrik, encontré su apartado de correos. Lo mandé comprobar por radio a la comisaría, y me dijeron que es el de una gasolinera, donde se recibe el correo para todo un distrito de parcelas de las afueras. Así que... ¡Debe tener una casita por ahí! —Mientras me termina de decir todo eso, ya me he inclinado sobre el cadáver para hurgarle todos los bolsillos. No tiene juego de llaves encima. Gabe ya está pensando lo que yo—. ¿Crees que Ruddenskjrik sabía eso? ¿Que se ha ido a la casa del doctor?

—Este tío no tiene más llaves, es posible que se las llevara todas cuando se llevó el coche... Si ha hecho eso es una estupidez, porque daremos con él... —Aprieto un momento los puños, pensando en descargar toda mi frustración y violencia contra el psicópata capaz de incrustar una máscara sobre una persona como si se tratara de la misma Excalibur en una roca musgosa—. Vamos.



—¡Espera!, ¿no quieres bajar y ver el puto cuartucho donde le tenían...? —me ofrece Gabe, pero dejando la frase como a medio terminar, y alargando con indecisión su mano hacia la botonera.

—Me has dicho todo lo que necesito de ese sitio... ¡Vamos!

Tras mi insistencia, la cual acompaño de un gesto de mi mano, Gabe empieza a seguir mi paso apresurado de vuelta a la recepción central. Algunos de los agentes que se pasean nerviosos por los corredores (sorprendentemente silenciosos para tratarse de un manicomio) me echan miradas interrogativas, como ofreciéndose a desempeñar alguna tarea que no sea la de simplemente permanecer por el lugar. Sacudo negativo la cabeza, condenándoles a seguir en sus puestos de vigilancia, y paso de largo los cadáveres, esquivándolos con agilidad, hasta que llegamos donde Sean, quien se apoya como antes lo estaba Gabe sobre el mostrador, y justo en el mismo lugar. Supongo que sus delicados codos de petimetre agradecerán el calor remanente que allí dejara su compañero...

—¡Bueno!, ¿qué es lo que pien...? —empieza a preguntarme al verme acercar, con Gabe pisándome los talones.

—¡Tú te quedas aquí! —le corto de inmediato, rechinándome los dientes de tan sólo pensar en dejarle terminar la frase... cualquier frase que pueda decir—. Cuando acaben los forenses de recabar datos, puedes ordenar el levantamiento de los cadáveres...

—¡Turk, tío! ¿Eso no debería ordenarlo un juez instructor? —me suelta, dándose apenas media vuelta, sostenido en todo momento por la mesa de la recepción. Puto vago.

—¡Joder, llama a quien tengas que llamar, marica! ¿No sabes hacer solito ni una puñetera cosa? —me quejo, parándome a mirarle agitando las manos. Es que no me lo puedo creer.

—¿Pero a dónde vais, troncos?

—Creemos saber dónde puede estar el paciente Ruddenskjrik, macho... —se pone a explicarle Gabe, mientras me sigue hacia la entrada para visitantes.

—¡Anda, hombre, pasa de él! —le grito, ya bastante adelantado.

Cuando ya voy a llegar hasta las puertas automáticas, un potente timbre me sobresalta. Pego un tonto brinco del sobresalto, hacia delante, mientras me giro. Acabo de pasar sin darme cuenta bajo el puto arco detector de metales, y suena por mi revólver, mis llaves, mi placa y a saber qué mierda más... Mientras, por la proximidad, las puertas se abren de par en par, dejando que una lluvia torrencial traída por un viento feroz haga crujir mi chaqueta de cuero, empapárseme el culo y refrescarse inoportunamente mi nuca, acentuando con ello el impacto del puto susto. Gabe se desvía hacia el mostrador para buscar dónde apagar la alarma. Echa dos rápidos vistazos y me mira derrotado, encogiéndose de hombros.

—¡Deja esa mierda, que la apaguen ellos! —le grito.

Y corremos hasta mi coche, al cual Gabe no le cuesta tanto como a mí entrar, pese a la proximidad de las jodidas ambulancias por ambos lados.

—Me pregunto si habrá alguna puta cosa que no hagas difícil, Turk... —refunfuña desde dentro, mientras lucho por hacer pasar mi vientre.

Nos pasamos una media hora larga en el coche, con el sonido insistente y monótono de la lluvia contra toda la línea de la carrocería. Conduzco tan rápido como puedo, al punto que Gabe me llama la atención un par de veces. Pero no le hago ni puto caso. De vez en cuando nos cruzamos con algún vehículo que se dirige a nuestra ciudad, cada uno de ellos con los focos encendidos. Deben ser casi las cuatro de la tarde, pero las nubes son tan espesas y negras, y la

lluvia tan fuerte, que no parecen estos sino los minutos previos al amanecer. Este mal tiempo me pone aún de más mala hostia. Tengo muchas ganas de dar con el puto loco, y ver si tiene cojones de intentar conmigo lo que le hizo al viejo doctor. Mis gruesos puños retuercen el volante sólo de imaginar que mis nudillos se estampan contra su cabeza en sucesivas e interminables series de golpes, antes de estrujarle el gáznate. No creo en la justicia; creo en el crimen y el castigo. Nada de celdas. Es irónico: en una ciudad como esta, tan sucia y corrupta, apenas he tenido problemas durante toda mi carrera para hacer efectiva la ley como yo la concibo. Nadie se hace preguntas acerca de los violentos finales para la vida de los indeseables.

La carretera avanza en una casi inalterable línea recta que parece infinita, desviándose apenas unos grados en amplias curvas imperceptibles para cualquiera que no sostenga el volante. De repente Gabe se sacude en el asiento, mirando por su lado hacia fuera, y luego mirándome a mí.

—Te acabas de pasar la gasolinera, tío.

—Mierda —digo, empezando a frenar con suavidad.

—Te dije que ibas muy rápido... Y encima no enciendes las luces, ¡que no se ve casi nada!

Refunfuño algo sobre la puta de su madre, mientras hago salir el coche un poco de la carretera, pisando el terreno de grava desértica que la rodea para hacer el cambio de sentido en una sola maniobra. Llevo el coche a velocidad moderada, mirando con fijeza la silueta apenas visible entre la tormenta de la puta gasolinera... Su techado sobre el par de surtidores de que dispone aparece conformado de las tinieblas como si alguien hubiera aplicado un repentino filtro de color. Aparco el coche lo más cerca de la entrada que puedo.

—Espera, voy a preguntarle por la casa de Tripkys. Sabrá dónde

vive... —se ofrece Gabe.

—Si se hace el tonto avísame, que voy yo a hablar con él...

—Vamos, Turk —dice con fastidio—, hay que saber cuándo dejar de fanfarronear.

Sale y cierra de un portazo, no sé si a propósito o propiciado por el fuerte viento ocasional que hace a la lluvia desplazarse en repentinas oleadas horizontales. Espero. Intento echar un ojo, pero apenas distingo el exterior del coche, como para ver algo a través de las ventanas del local de la gasolinera. Me da por pensar en el viejo Ruddenskjrik otra vez. Con lo bien que me caía ese hombre, pese a sus rarezas... Y aquí estoy, pensando en machacar a manos desnudas al que debe ser su sobrino, al que él mismo no pudo llegar a conocer... Éste tío tiene ahora diecisiete años, según su expediente. El doctor Ruddenskjrik fue asesinado un año antes de su nacimiento. Alguna especie de presentimiento de mierda no cesa en su insistencia de traerme al paladar aquel olor (que se tornaba sabor) de la sangre quemada, casi como si el caso de Los Cauces y esto estuvieran relacionados de alguna manera que no sería jamás capaz de explicar, mucho menos probar. Antaño, la sangre que hervía dentro de las víctimas torturadas, hasta matarlas. Ahora, la gente que parece enloquecer hasta el punto de atacar lo que pille por delante y suicidarse después... ¿Un hombre que es una puerta al Infierno? ¡Bobadas, bobadas! Esto es todo sólo casualidad. Las dos chicas, Los Cauces de los Ríos de la Sangre, como se llamaban a sí mismas, no eran brujas. Sólo dos putas psicópatas. No estaban invocando nada. No existe la deidad llamada Volguus Zildrohar. Y todo eso no tiene nada que ver con el sobrino de Ruddenskjrik...

Doy un respingo cuando la puerta del acompañante se abre y entra Gabe, junto con polvo de lluvia espolvoreado por el fuerte viento. Él me mira fijamente; creo que se ha dado cuenta de mi sobresalto, el cual me afano en disimular, encogiéndome de hombros y frotándome las manos, como molesto por el mal tiempo...

—Vale, dice que sí conoce al doctor Tripkys, que vive bastante cerca... Bueno, no le dije que está muerto —Gabe hace inútiles gestos para señalarme la carretera que seguíamos y algo más allá que no soy capaz de distinguir—. Poco más adelante hay una serie de colinas hacia la derecha, me dijo, y un camino que se mete entre ellas. Por ahí se llega a su casa.

Arranco sin decir nada. Hago al coche incorporarse de nuevo a la carretera mientras Gabe estira su mano para encender por su cuenta los faros. Le miro un momento con el ceño fruncido, reprochándole que se dedique a manejar a medias mi trastomóvil.

No tardamos en ver la serie de colinas, entre las cuales una estrecha pista de tierra se abre camino de una manera algo sinuosa, como siguiendo el cauce de algún riachuelo prehistórico que hubiera estado correteando entre ellas. Tuerzo hacia ese lado y lo seguimos. Al momento de meternos entre las pequeñas cumbres, desnudas e irregulares, escabrosas, la lluvia prácticamente detiene su tamborileo cruel sobre el coche. Por encima de nosotros se distingue la lluvia siendo arrojada de izquierda a derecha por el aire, como si fuera lanzada desde grandes cubos por altísimos forzudos hasta estrellarse el grueso de todo ello contra las amplias laderas a la derecha de nuestro camino. La pista es lo bastante sólida y rocosa como para que el barro no nos haga quedarnos estancados. Conduzco despacio, pues el paso es lo bastante estrecho como para temer rajarse un neumático o como mínimo dejarme las llantas contra los pies afilados de las colinas, si no tengo cuidado. Además, si el paciente Elmer Ruddenskrik se encuentra en la casa, preferiría no ponerle en aviso de que llegamos. ¡Ah, a propósito de eso! Mejor apago de nuevo las luces...

Gabe no dice nada. Yo tampoco. Él no sé, pero yo de repente soy incapaz de pensar: ni pasado, ni presente... incluso mi furia hacia el probable asesino se ha disipado de pronto. Apenas nos acompaña el leve roce de las ruedas y el impacto de alguna gruesa gota que acierta

a estrellarse aún contra el capó... Todo es silencio. Me siento extraño. Como entrando en la boca del lobo por propia voluntad, sin ánimo de luchar...

—¿Sabes? —empieza a decir Gabe, sacándome para mi alivio del pantano hediondo de mis sensaciones—. No me encaja que el doctor, ni nadie, viva en un sitio así, casi como exiliado de todo el mundo, u oculto... ¿Tendría algo que esconder? Quizá algo relacionado con el propio Ruddenskjrik...

—Puede —su conversación me anima al fin a usar algo la mente, de nuevo—. Si el paciente sabía dónde estaba esta casa, es más que evidente que la relación entre ellos no era la de meros “médico y su paciente”...

—Sí tío... Pero, ¿eso qué significa? —pregunta al aire Gabe, o eso supongo, porque no es algo que yo pueda responder—. O el doctor le habló de ella antes de morir, o es que ya había estado aquí antes... Y no se me ocurre por qué el doctor Tripkys iba a hablarle a ningún loco de dónde vivía...

—No sé qué mierda estás pensando, Gabe —le reconozco, meneando la cabeza.

—En realidad yo tampoco... Turk, no sé, es que creo... Sabes, esa puta máscara incrustada en el doctor...

—¿Qué? —Le miro un momento, haciendo aletear mi diestra hacia mí, haciéndole ver que me muero porque me suelte lo que se le pasa por la cabeza—. ¡Vamos, vamos, suéltalo! ¿Qué pasa?

—Creo que algo se traían entre ambos... no sé el qué, pero algo pasaba entre ellos. Estoy seguro de que fue al único al que atacó directamente... ¡Al doctor! No sé tío, algo pasa con ellos. Para matar así a una persona hay que sentir cosas muy malas...

—Bueno, o simplemente ser un puto loco homicida, Gabe. Joder,

no le des más vueltas, ¿quieres?

De alguna manera el imbécil este se las ha arreglado para ponerme aún más nervioso de lo que estaba. Volvemos a quedarnos en silencio el resto del camino. No pasan ni quince minutos más cuando aparece ante nosotros lentamente la cabaña del doctor Dan Tripkys, en medio de un anillo bien redondo que forman las colinas. Efectivamente, hay un coche aparcado de manera descuidada al lado derecho de la cabaña, según la miramos ahora. La puerta, adornada con un pequeño ventanuco de vidrio, está entreabierta, dibujando desde el interior una perfecta línea negra, que no parece sino una especie de subrayado vertical en mitad de todo lo que se ve gris por culpa de este mal tiempo...

Aparco mi coche justo tras el del doctor, bloqueándole a Ruddenskjrik una posible huida con él. La amplitud del claro entre las colinas permite que la lluvia vuelva a verter su estruendoso festival de kamikaze precipitar sobre el coche y cuanto nos rodea, casi como si alguna clase de seres diminutos y extraños nos estuviera recibiendo con un potente clamor de sus diminutas palmas. Miro a Gabe, que saca su arma automática de nueve milímetros, más moderna que la mía. Abro la puerta de mi lado mientras tiro del revólver largo del 38 de mi pistolera, que innumerables alegrías (tanto a tiros como a contundentes culatazos) me ha venido trayendo durante mi carrera de policía. La lluvia nos empapa de pies a cabeza en un momento. Justo cuando el calor de mi propio cuerpo casi había evaporado por completo mis anteriores humedades... Este debe ser el día más raro e incómodo que recuerdo haber tenido en mucho tiempo. En fin, allá vamos. Gabe, más joven, se mueve hacia la izquierda, el lado de las bisagras de la puerta; yo al derecho, por el que asoma la oscuridad de dentro. La fuerte lluvia ahoga nuestros pasos, y cualquier otro posible sonido del interior, puedo suponer. Con cuidado asomo un ojo. Joder, es que no distingo una mierda. Ni siquiera el puto suelo justo ante la entrada. Gabe me hace gesto de que mire a ver si hay interruptor junto a la puerta. Meto el brazo sin mirar y tanteo hacia

mi derecha. Vaya, pues sí. Tiro de él hacia arriba. Una luz naranja y tenue se desprende como de la mitad de la cabaña. Gabe da un empujón a la puerta con su codo izquierdo, apuntando al interior. Entra con paso tenso; yo a su lado, un paso por detrás, pero más relajado, y ojeando el interior.

No hay mucho que ver. La cabaña es prácticamente una única habitación, con una parte reservada a ser una sencilla cocina tras un murete, en la parte izquierda. Aquí delante hay un sofá de tres plazas, junto a un sillón que presenta mucho uso pero mantiene un aspecto confortable. Delante de los asientos se extiende una sencilla mesa larga de madera, que le quedaría a uno a la altura de las rodillas al sentarse. No hay televisor, o radio, ningún entretenimiento moderno que se vea. Estoy a punto de levantar la voz para pedirle a Elmer Ruddenskjrik que salga con las manos en alto, si es que anda agazapado en alguna de las pequeñas habitaciones que debe haber ahí delante, cuando Gabe me interrumpe, dirigiéndose hacia la mesita.

—Mira, más informes, como los del hospital —dice, manoseando con su mano izquierda los papeles, sin mucho cuidado—. Éstos tienen sus propias carpetas. No, no son del hospital. Son anotaciones a mano del doctor Tripkys...

—Bueno, ¿y eso qué mierda importa? —le atajo, y alzo la voz hacia el fondo, donde distingo puertas a uno y otro lado en mitad de un corto corredor, enfrentadas una a la otra—. ¡Elmer Ruddenskjrik! ¡Sabemos que estás ahí! ¡Más vale que salgas, sin intentar ninguna tontería ni llevando nada en las putas manitas, tarado!

En realidad estoy deseando que intente atacarnos.

—Oye, mira esta mierda... Joder, ¿qué es esto? —exclama Gabe, a mi derecha, mientras avanzo hasta ponerme junto el respaldo del sillón—. Aquí dice no sé qué mierda de fenómenos en los espejos. “El paciente Ruddenskjrik dice presenciar unas anomalías visuales en los espejos toda vez que procedemos a los experimentos de



influencia de su poder. Guardias con instrucciones precisas y equipamiento de protección adecuado enfrentaron al paciente con espejos, obligándole después a introducir su propio brazo más allá de las anomalías por el paciente descritas. En las grabaciones, filmadas de manera que se evita el enfoque del peligroso rostro del paciente, se ve claramente cómo su brazo desaparece más allá del espejo hasta algo más del codo, como por arte de magia. Las pruebas demuestran que nadie más, sino él mismo, es capaz de traspasar físicamente las anomalías que sólo él parecer ver, y que describe como un sumidero infinito de nubes negras...”. Turk... ¿estaban todos locos, en ese hospital?

—No estaban locos —nos sorprende una voz desde el pasillo de delante, hacia donde de inmediato dirigimos nuestras armas—. No de verdad, al menos hasta que me liberé.

El tipo viste ropa de paciente de aislamiento, blanca, o más bien amarilla por los años de uso, salpicada de oscuros manchurroneos de lo que debe ser la sangre de Dan Tripkys en una pernera y a la altura del pecho. El círculo de luz que arroja por toda la cabaña la lámpara en el centro del techo se cierra justo bajo su cuello, con lo que no alcanzamos a verle la cara.

—Elmer Ruddenskjrik —le llamo, aunque mi tono suena un poco a pregunta—, deberías acompañarnos... Tenemos que aclarar muchas cosas, y principalmente la muerte del doctor Tripkys y el hecho de haber venido tan corriendo a su casa...

—Necesitaba un lugar a dónde ir, y además averiguar cuánto había averiguado él mismo —nos explica como si fuera lo más lógico y natural del mundo. Su voz es tranquila y suave, propia en tono de su juventud, pero tan adecuadamente modulada que suena como un experimentado profesional del doblaje de voz—. Desgraciadamente, los extraños y terribles experimentos de Tripkys le han llevado, por demora de resultados a lo largo de los años, a una especie de locura muy común, pero tan peligrosa como cualquiera de las otras: la

obsesión infructuosa.

—¡Deja esa verborrea de paranoico y acércate a donde te veamos!  
—le animo, tirando del percutor de mi revolver, con lentitud,  
asegurándome de que lo oiga.

—Turk... oye... —empieza Gabe, sin dejar de apuntar hacia el  
jodido chiflado.

—Creo que sería mejor que se volvieran por donde han venido,  
agentes... Lo digo por su propio bien... —le interrumpe  
Ruddenskjrik, mientras levanta sus dos manos mostrándonos las  
palmas, y sacudiéndolas, como animándonos a dejarlo estar—. No  
guardo ninguna clase de acritud para con ustedes, si les soy sincero.

—¡Asómate, jodido loco, o disparo directamente contra tu puta  
cabeza de...!

—¡Turk, no! —me grita Gabe.

—Como deseen, agentes... —Oigo decir a Ruddenskjrik, mientras  
miro a los aterrorizados ojos de Gabe.

Ambos volvemos nuestras miradas hacia él al mismo tiempo. Lo  
último que veo del mundo que conozco es el cuerpo de Ruddenskjrik  
avanzando hacia nosotros, hacia la luz. Encima de él, donde debería  
estar su cabeza, no puedo ver nada. Ni luz ni oscuridad, simplemente  
nada, no sé ni cómo explicarlo. Pasa muy rápido, asumo, pero no  
existe el tiempo, creo. La nada se cierne sobre mí. Desaparece todo,  
Ruddenskjrik primero, el suelo bajo él, el techo... Llega hasta mí, y  
desaparezo. Siento un vértigo, dolor, una gravedad increíble, asfixia,  
el peso de todo, una fuerza insoportable, como si yo estuviera al  
extremo del universo y todo él tirara de mí como lo haría una enorme  
honda al extremo del brazo de un niño retrasado antes de soltarse  
una pedrada en su propia cabeza. Todo se detiene, pero la velocidad  
se mantiene. Caigo al centro de un sumidero. Primero no hay nada,  
pero de repente veo luz. Veo la Luz, en realidad. La Luz de la que

## LOS MALOS ESTÁN AQUÍ

está hecho todo. Por un momento veo todo lo que ha pasado y que pasará, todo a la vez. En todas partes. No la tierra. Otros mundos. Todos los mundos. No. ¿Qué es eso? No, no quiero ir allí. Hay algo, algo enorme que se debate entre la Luz. Él, ¿o ella?, es su dueño, pero dudo que sepa lo que hace. Es horrible, e inconmensurable. Se extiende a todo lo que existe, y es odioso, terrible, estúpido, hediondo. Sus repugnantes úlceras son como grupos de galaxias, sus infinitos ojos bizcos del tamaño y la forma de gelatinosas nebulosas de colores apagados, infectos y supurantes. No tengo claro si todas las cavidades que babeaban son ciertamente deformadas bocas o infectadas vaginas, pero hacia allí me dirijo. Yo y tantos otros. Todos somos luz, y todos somos de alguna manera masticados y engullidos por... “eso”. Creo que ya no tengo cuerpo, así que supongo que no dolerá. No, un momento. Sí. Duele.

Duele por toda la eternidad.

FIN

## EL LEGADO

Lo habían descubierto esa noche, cuando unos espantosos gritos que sonaban parecidos a la voz de su madre atrajeron a las niñas de diez y seis años primero hasta la pequeña salita, y luego, con mucho reparo, hasta la entrada del dormitorio. La mayor apretó su oreja derecha contra la madera de la puerta cerrada, a través de la cual los continuos rugidos y esporádicos alaridos retumbaban y se difuminaban como por una pantalla a través de la que muchas voces corearan al unísono. Apartó la cara, no muy segura, con el ceño fruncido. Se habían despertado muy asustadas pensando que a su madre le estaba pasando algo malo. Pero esa voz no sonaba como la de alguien en algún apuro. Más bien parecía enfadada. No era eso exactamente, pero no se le ocurría otra palabra para describirlo.

—¿Es mamá?! —le preguntó su pequeña hermana, mientras ella miraba con fijeza la puerta, como intentando imaginar la visión de su madre en su cama, más allá—. ¿Qué le pasa?!

—No lo sé, aparta un poco, voy a abrir, a ver...

—¡No! —le gritó su hermanita, poniendo ambas manos sobre la suya, que ya envolvía el pomo.

—¡Voy a ver! —le susurró ella, queriendo hacerle ver que quería ser sigilosa y su grito no ayudaba—. ¡Échate hacia atrás...!

La pequeña niña retrocedió los pocos pasos que había hasta la pared tras ella, con las manos entrelazadas ante su pecho. La mayor empezó a girar el pomo muy despacio, haciéndolo crujir imperceptiblemente por debajo de la gutural voz de la habitación.

La cerradura se liberó, y empujó un poco la puerta tirando por el pomo de ella hacia arriba, esperando poder evitar el chirriar de las bisagras. Ante sí, en el suelo, una forma geométrica de la luz procedente de la salita iba estirándose deformando sus límites, al tiempo que los alaridos cesaban y los rugidos se volvían contenidos, como si la voz padeciera de pánico escénico. Sentía que algo malo emanaba de ahí dentro. No era el olor, ni tampoco esos sonidos que tenían que proceder de su madre... Era algo que trascendía lo físico, los sentidos mismos... pero que le puso toda la piel de gallina, e hizo a la raíz de su corto cabello negro erizársele como si de todo ello le tirara una mano invisible.

Al alzar la mirada más allá del cambiante trapecio de luz que crecía hasta las patas de la cama, se encontró con una oscuridad absoluta entre la que centelleaban inmóviles dos puntos plateados, muy juntos, y que reflejaban directamente la escasa luz que había entrado con ella en la habitación. Sintió una verdadera confusión, y el metal del pomo de la puerta, resbaladizo y frío, empapándose del sudor de la palma de su mano, antes de comprender que estaba mirando a unos ojos que escudriñaban los suyos. Lo que creyó que era una sordera repentina, descubrió que no era otra cosa que una pausa para (quizá) coger aire la cosa dueña de esa mirada de luz, y al momento soltar un estentóreo grito, parecido a una tos interminable. Al temblar del repentino espanto parpadeó varias veces, segura de que le salpicaban la cara microscópicas gotitas de saliva que viajaban con el mismo rugido. Y cuando quiso mirar de nuevo hacia las luces en la oscuridad, descubrió que de entre la penumbra gradual que llevaba

hasta la luz en el suelo asomaba una mueca espantosa rodeada de la alborotada melena de su madre, y que avanzaba empujada por los brazos que se estiraban y retorcían sobre el suelo, como si andara a cuatro patas, bajando de la cama hacia ella. La mueca se parecía al rostro de su madre, pero los ojos refulgían de una luz pálida, y los labios se le habían estrechado hasta volverse imperceptibles al estirársele las comisuras de la boca casi hasta las orejas. Llevaba abiertas las mandíbulas, lo bastante como para hacerla sentir en peligro ante lo que era un inminente y seguro mordisco, y entre los dientes (blancos y normales, aunque de repente demasiado numerosos) se debatía una larga y retorcida lengua morada y afilada, con violento frenesí. Todo ello lo vio como a cámara lenta, mientras la garganta de la cosa emitía un silbante bufido que subía de intensidad durante su carga a boca abierta. Ya había bajado de la cama y se descubría bajo la luz sin dejar por ello de avanzar con esa avidez que delataba el denso rastro de saliva que iba derramándose de la barbilla.

—¡NARA! —la llamó a voz en grito su pequeña hermanita, a sus espaldas, que apenas podía hacer más que imaginar qué estaría viendo su hermana para quedarse allí, petrificada, agarrada a la puerta.

El grito de su hermana la sacó del estupor del horror y retrocedió de un salto tirando de la puerta, justo cuando el rostro de enorme boca transmutaba su silbido en un agudo y burbujeante rugido. La puerta se cerró con un estruendo que asustó a su hermanita, haciéndola soltar otro grito, y al golpe le siguió un seco tamborilear y arrastrar de los dedos de su madre, al otro lado, arañando y palpando, quizá a tientas, en la total oscuridad.

Se dio media vuelta, sin ser capaz de ver nada, con los ojos como platos, aún con la imagen de esa espantosa mueca hambrienta grabada en las retinas. Su propia cara, pálida, con la mirada perdida, asustó aún más a su hermanita, que apretaba el rostro, enrojecido, mientras gruesos lagrimones recorrían sus mejillas.

— Nara, ¡¿qué pasaaa?! —gimió con un hilo de voz, aún apretándose las manos sobre el pecho.

—Cali... —empezó a decir, susurrando con tono neutro—. ¡Mamá es un monstruo!

\*\*\*

A la noche siguiente, su madre se encontraba viendo la televisión, cabeceando, medio dormida. Nara se encontraba sentada en el extremo opuesto del mismo sofá, observándola con el rabillo del ojo, manteniendo la mirada en la pantalla, sin escuchar el rumor casi inaudible del volumen reducido. Le había dicho a la pequeña Cali que se quedara en su habitación, con la puerta bien cerrada, ya que al parecer su madre en “estado monstruo” no recordaba cómo abrir.

—¡Mamá! —la llamó, para sacarla de la duermevela—. ¿No quieres irte a la cama?

—¿Por qué me asustas así? —protestó ella, desperezándose un poco, y mirándola con los ojos entornados—. Estoy muy bien aquí, ¡pon lo que quieras, en la tele...!

—No lo digo por eso... —protestó Nara, volviéndose a mirarla, ansiosa, mientras su madre se acomodaba de nuevo y enterraba la cara entre los brazos, apoyados en el reposabrazos del sofá.

Echó un vistazo a la ventana. La fachada del edificio de enfrente estaba desapareciendo a medida que el crepúsculo moría. No sabía si volvería a pasar, pero, por si acaso, quería tener a su madre en su habitación y con la puerta cerrada. ¡Se estaba quedando dormida en el sofá!

—¡Nara! —la espantó la pequeña Cali con su grave susurro, asomándose desde la esquina del pasillo que llevaba a las habitaciones de ambas—. ¡¿Qué pasa?! ¡Tengo miedo!

Nara la miró alargando un brazo y agitándolo un par de veces, como si intentara espantar a un perro. Cali mostró su fastidio torciendo el morro, aunque seguía asustada.

—¡Cali! ¡Que te vayas a tu cuarto! —rugió Nara en voz baja, con los ojos muy abiertos.

Un ronco gorjeo tras ella la hizo ponerse en pie en cucullas y avanzar hacia su hermanita con los brazos extendidos. Durante ese pequeño instante, Cali pudo ver a su madre recostada en el sofá, con la cabeza sobre los antebrazos, rugiendo, y cómo de pronto levantó su rostro, agitando su suelta melena al volverse directamente hacia ella, mirándola con fijeza.

—¡Mamá! —gritó al tiempo que Nara la alcanzaba y empezaba a empujarla por el pasillo de camino a su cuarto. De pronto su hermana mayor parecía muy fuerte, llevándola casi en volandas, levantándola desde las axilas—. ¿¡Dónde estaba mamá!?

—¡Esa era mamá! —le contestó Nara soltándola ya dentro de la habitación de Cali y cerrando tras ella la puerta—. ¡Calla, no hagas ruido!

Cali la obedeció, aunque no dejaba de lagrimear y esnifar por la nariz; estaba siendo bastante valiente.

—¿¡Mamá es un monstruo?! —insistió, susurrando.

—¡Ya te lo expliqué ayer, Cali! ¡Calla un poco! ¡Quiero escuchar qué hace...!

El ser en que se había convertido su madre golpeaba levemente la puerta, como buscando una grieta por la que colarse. Con lentitud, con parsimonia, sin dejar de rugir y soltar algún alarido ahogado. Nara percibió cómo dejaba de lado su puerta para empezar a gatear de vuelta a la salita. Y más allá. ¿Se dirigía a su habitación?



—¿Qué hace? —le preguntó Cali, sobresaltándola.

—¡No lo sé! —le espetó en un seco susurro, no por enfado, si no de la tensión. La miró, la pequeña seguía llorando en silencio—. Cali, no sé qué pasa, pero sólo podemos guardarnos de mamá y asegurarnos de que no se va a ningún sitio, porque...

El sonido de una serie de golpes y lo que parecían arañazos la hizo callarse. También Cali miraba hacia más allá de la puerta, asombrada y asustada.

—¡Suena como cuando nuestro gato gordo se arrastraba por su puertecita de la entrada! —exclamó la pequeña, mirando a su hermana con los ojos muy abiertos, incrédula.

Y no era para menos, porque el obeso gato había muerto de viejo hacía tres años, y además lo que sonaba como si se arrastrara a trompicones por debajo de la puerta de entrada, lo hacía con una furia y una fuerza que no correspondían a ningún animal de ese tamaño, por supuesto... ¡Su madre estaba intentando salir de la casa por la portilla del gato!

—¡NO! —gritó, y abrió la puerta casi dándole a Cali con ella para salir corriendo.

Cuando llegó hasta la esquina y se volvió hacia la salita, pudo ver cómo al fondo, en la parte baja de la puerta que daba a la calle, el camisón de su madre aleteaba con frenesí mientras sus piernas se zarandeaban y sus rodillas y pantorrillas golpeaban los bordes de la gatera, agrietándola. No comprendía cómo había conseguido meterse hasta la cintura, pero no perdió tiempo en cuestionarse y se lanzó hacia ella, desesperada por impedir que saliera. Justo cuando ya estaba llegando, se tiró de rodillas dejándose resbalar con su propio camisón por el liso suelo, con las manos delante para cogerla de los tobillos, pero sus pies desnudos se agitaban con violencia y le hicieron daño en las muñecas. Su madre se liberó, y sus pies se escurrieron más allá

de la gatera. Con un fuerte bufido, como si de hecho interpretara a un gato, Nara la oyó gatear hacia algún lado de la calle, a la derecha, y nada más.

La puertecilla batiente de la gatera se balanceaba con un suave chirrido, como si se burlara con una risa contenida... de ella.

\*\*\*

Nara y Cali pasaron la noche juntas, en el sofá de la casa, con la tele encendida pero sin ver nada en concreto. Cali no entendía lo que pasaba, y de hecho hasta parecía sentirse lo bastante aliviada y segura (de saber que no había en ese momento ningún monstruo en casa) como para haberse quedado dormida con la cabecita sobre el muslo izquierdo de su hermana. Nara no era capaz de dormirse, estaba muerta de miedo, pensando en lo que podría estar haciendo su madre convertida en monstruo muerto de hambre. No sabía hasta qué punto era peligrosa, pero sí sabía (porque así lo había sentido la noche anterior, cuando la miró a la cara mientras avanzaba hacia ella sin reconocerla como nada más que un trozo de carne) que su madre estaría buscando algo vivo que comerse. Había salido a cazar.

Estaba cambiando entre los cuatro canales que recibía su televisor, entre programas de venta telefónica, series trasnochadas, documentales y una peli vieja de terror. No era capaz de escuchar ni ver nada de lo que emitían, sólo pulsaba los botones del mando a distancia, pasando de un canal a otro cada poco, como un acto mecánico con el que ser capaz de asirse a una realidad que se le escapaba entre los dedos como lo habían hecho los pies de su “madre monstruo”.

Habían pasado cuatro horas y dieciséis minutos desde que su madre se había escabullido. Nara miraba cada poco el reloj de la pared, pareciéndole como un látigo en los ojos el sacudirse del segundero cada vez que lo hacía. Estaba en un estado de irrealidad, segura de que el tiempo que estaba pasando ahí sentada, en su casa,

era caduco, y sintiéndose como si nunca le hubiera pertenecido esa tranquilidad que había venido dando por supuesta. Sabía que, de un momento a otro, quizá al segundo siguiente, todo daría al fin un vuelco, y se acabaría la vida que ella conocía.

Con un sobresalto que la sacudió entera, despertando incluso a Cali, Nara escuchó voces que llegaban desde cierta distancia por la calle. Eran muchas personas alborotadas, asustadas y enfadadas al mismo tiempo. Y los rugidos del monstruo de su madre casi ahogaban el gentío. Rugía con furia y quizá dolor, con una desesperación que Nara no habría sido capaz de imaginar.

—¿Qué pasa, Nara?! —le preguntó Cali, frotándose la cara e incorporándose en el sofá.

Nara se puso enseguida en pie, sin escuchar a Cali, y se volvió a la derecha, mirando la puerta que daba la calle. Mirando hacia la gatera. Las voces y el rugido se aproximaban. Su madre volvía a casa. ¡Y la perseguían! De pronto la portezuela de la gatera se sacudió con tal fuerza hacia el interior que amenazó con saltar de su fijación superior: el brazo derecho de su madre se sacudía con furia, buscando asirse a cualquier cosa, apoyándose enseguida contra la superficie de la puerta, y empujando hacia dentro su horrible cara de boca estirajada, con los cabellos apretándose contra su hombro, que parecía en ese mismo momento dislocado, o como mínimo extraordinariamente contorsionado. Le sangraba con profusión la frente, y le faltaba un ojo, como si se lo hubieran apuñalado o apedreado algunos de los vecinos que ya gritaban con claridad toda clase de improperios hacia la criatura.

Nara sintió un doloroso pinchazo de amor verdadero y de compasión desesperada hacia su madre, que se debatía y apretaba de una manera sobrenatural por la pequeña gatera, y ya se acercaba a ella para ayudarla a entrar en la casa y protegerla de sus perseguidores. Pero se detuvo en seco. Su madre, en estado monstruo, había terminado de forcejear en la puerta, y se arrastraba hacia delante

haciendo pasar al fin por la gatera sus piernas. Y con su único ojo sano, la miraba. Abrió la boca, bufándole más de una forma seductora que amenazante, como una serpiente, mostrándole la punta ensangrentada de su antinatural lengua alargada y morada. Toda su barbilla y finos labios estaban manchados de oscura sangre que no parecía suya. Nara retrocedió de inmediato, con la luz del ojo de su madre mirándola con fijeza, mientras se impulsaba sobre las manos y pataleaba con frenesí, haciendo resbalar los pies.

Esa falta de tracción permitió a Nara tomar ventaja y llegar hasta Cali, que se había puesto en pie, mirándolo pasar todo con estupor y lágrimas por la cara. La levantó por debajo de los hombros para llevársela, mientras escuchaba que la muchedumbre rugía en la puerta de entrada y la golpeaba con rabia... con ansias de venganza. Querían entrar para matar al monstruo de su madre. Gritaban desgañitados que querían su cabeza, que había que matar al monstruo. Que lo quemaran, pedían cada vez más.

Nara volvió al cuarto de Cali, tiró a la pequeña sobre la cama y cerró de nuevo la puerta. Su madre, esta vez, comenzó a golpearla con fuerza. Nara, aterrorizada, agarraba la manija y tiraba de ella hacia arriba, para asegurarse de que no se abriera por las vibraciones o de pura casualidad ante los manotazos rabiosos del monstruo al otro lado.

—¡Déjala entrar! ¡La persiguen! —le gritaba Cali.

Nara miraba a Cali, apretada de rodillas contra la pared, sobre su colchón. La miraba con los ojos muy abiertos, y llenos de lágrimas que la hacían verla como a través de un cristal derretido. No la escuchaba, sólo podía pensar en sujetar la puerta.

Se oyó el sonido de cristales rotos, como si la ventana de la salita se hubiera hecho añicos. Nara creyó que los vecinos entraban por ahí, y deseaba que así fuera. Quería que las salvaran de su madre caníbal. Pero no se escuchaba a nadie caminando por la casa, y los gritos de la

muchedumbre se habían vuelto más contenidos y esporádicos. Y comprendió lo que pasaba. El olor, la luz por debajo de la puerta... Le habían lanzado fuego a la casa. Y su madre, ajena o inconsciente, seguía imparable zarandeando la hoja de la puerta, rugiendo y bufando, chillando de vez en cuando con desesperación depredadora, mientras un incendio las estaba cercando a las tres.

—¡Cali! ¡Tenemos que salir! ¡Por la ventana! —gritó.

—¿Y mamá qué?! —protestó con la cara roja y apretada su hermanita.

—¡Mamá es un monstruo, Cali! —le respondió con decisión, llorando sin medida—. ¡Hay fuego en la casa! ¡Abre la ventana y sal!

La pequeña Cali obedeció, moviéndose muy despacio, sin embargo. Le costaba ver con la expresión de auténtica pena y miedo que le achinaba los ojos y las lágrimas que se le acumulaban en ellos antes de precipitarse como grandes goteras. Empezó a forcejear con la manija de la ventana, que le quedaba un poco alta y apenas llegaba de puntillas. Nara quería ayudarla a abrirla, pero los golpes de su madre impactaban de manera aleatoria sobre el picaporte de la puerta, y lograría hacer saltar la cerradura si ella la soltaba.

—¡Cali, salta y agarra el pomo! —la animó.

Cali obedeció, y al segundo saltito logró asir la manija y hacerla ceder con su propio peso. Tiró con cuidado de la hoja de la ventana hacia sí.

—¡Sal Cali! ¡Salta!

—¡Nara, no llego!

—¡Pon las manos en el marco y salta como si te fueras a apoyar sobre ellas!

—¡¡No puedo!!

Nara no se atrevía a soltar la puerta hasta que su hermana se hubiera ido, pero al ver que Cali no era capaz de salir, soltó el pomo y corrió hacia ella, cogiéndola con ambas manos por el trasero e izándola así por encima de la ventana. Cali quedó de rodillas un momento sobre el marco, mientras se reorientaba para ir a dejar caer los pies por el lado de fuera. Y, más allá de Nara, que la ayudaba a darse la vuelta, vio que la puerta se abría. Primero se movió el picaporte, soltándose la simple cerradura. Y luego la puerta se abrió con violencia. Y una figura oscura, una sombra recortada contra la brillante luz de las llamas de más atrás, se arrastró hacia Nara por allí abajo.

—¡Mamá! —quiso llamar Cali a su madre, y a la vez avisar a su hermana mayor.

Nara no se había vuelto, pero sabía lo que pasaba. Empujó y al tiempo sujetó a la pequeña Cali para dejarla llegar al suelo de la calle con delicadeza, aunque haciéndola golpearse ligeramente los codos con la repisa. Cali, aturdida por el dolor, hizo pie pero trastabilló al querer retroceder, cayendo sentada al suelo. Nara gritó, y la vio poner una cara de dolor que nunca le había visto. Apretaba los dientes y gruñía, pareciendo más enfadada que otra cosa. Y a duras penas comprendió que intentaba soltarse de su madre, liberarse de lo que fuera que le estaba haciendo; seguía oyéndola rugir con voz ahogada, y hacer además un sonido como de sorber, mientras Nara se agitaba.

—¡Nara!

—¡Vete, Cali! ¡No te acerques! —la alertó, casi incapaz de hablar.

Nara sentía el mordisco fuerte y profundo de los dientes de su madre en el gemelo izquierdo. Intentaba que la soltara pero su mandíbula no cedía, y además la tenía agarrada del tobillo derecho. No creía que se pudiera soltar. Sentía que si tiraba se le llevaría la mitad de la pantorrilla en carne. Notaba cómo su madre chupaba la sangre de la herida, con verdadera ansia y placer. Iba a morir con ella.

—¡Nara, toma!

Abrió los ojos, pese a que la mirada le estallaba en luces blancas del extremo dolor. Su hermanita acercaba hacia ella, entre sus pequeñas manos temblorosas, una puntiaguda piedra del camino.

—¡Para mamá! —le dijo con algo de tristeza en la voz.

Nara no se lo pensó dos veces, cogió la piedra con su mano izquierda y la dirigió con fuerza contra la coronilla del monstruo de su madre. Gritó de dolor y rabia, al notar cómo los dientes de su madre le desgarraban el gemelo con el golpe. Pero insistió, desesperada por vivir, mientras el fuego lamía ya las paredes del pasillo que llevaba a esa habitación. Golpeó una vez tras otra, con el gemelo ardiendo de dolor, y su madre soltando bufidos cada vez más ahogados al recibir pedradas en la cabeza. Escupía la sangre, en lugar de seguir aspirándola, y eso la animó a seguir apedreándola, hasta que sintió que ya aflojaba su mordisco, y aun así golpeó dos veces más. Y al sentirse libre, sin mirar ni por un segundo al monstruo de su madre, se dejó caer sobre el borde de la ventana para arrastrarse fuera.

Pese a no tener fuerza para ello, Cali intentó recogerla con los brazos abiertos para evitarle aterrizar de cabeza en el suelo, y ambas cayeron, una al lado de la otra. Nara no esperó un segundo y empezó a arrastrarse sobre un brazo y su pierna sana, mientras con el otro hacía incorporarse a la pequeña y la hacía seguirla.

—¡Nara! ¡¡Tienes sangre!!

—Tengo sangre sí, ¡vámonos de aquí!

—¡La casa! —protestó Cali, mirando atrás. De su habitación, una brillante luz naranja relampagueaba mientras se alejaban.

— Ya no hay casa, Cali —repuso Nara sin volverse.

\*\*\*

—Me da igual lo que te ordenara, Nara... Te has equivocado esta vez... ¡La has cagado! —le espetó el tipo acercando su cara a la suya y escupiéndole su aliento a caramelos de fresa. Estaba exultante.

—Para ti es como si fuera navidad, ¿ein? —le respondió ella poniendo los ojos en blanco. El tipo sonreía y no paraba de sacudirse con el dedo índice la ancha corbata negra sobre su camisa blanca. Se paseaba ante ellas dos haciendo salpicar aquí y allá los charquitos de meados y agua de lluvia repartidos por el callejón—. Llevas esperando esto mucho tiempo, ¿ein?

—Eres tan perspicaz, zorrита... Es que siempre has sido tan lista... No me puedo creer... —empezó a decir, inclinándose ante ellas como si hablara a unas niñas pequeñas— que siendo taaaan lista hayas acabado metiéndote en este lío, y a tu hermanita contigo...

—No hay lío... hemos hecho el trabajo —dijo Cali mirándole con verdadero odio. Nunca le había gustado ese tipo, y no era capaz de mostrarse tan indolente como Nara.

—Estos cinco hombres y yo, hemos ido a buscaros por orden directa del jefe, chiquitina, así que algún lío habrá, ¿no te parece?

—Por eso hemos accedido a venir, para aclararlo todo....

—¡Que han accedido! —el tipo se empezó a reír a carcajadas de una manera histriónica y bastante insoportable, mirando a algunos de los hombres que escoltaban a las hermanas, como buscando complicidad. Todos estaban serios como esfinges—. ¡Pues permitidme, princesas, que os agradezca el favor de habernos acompañado de tan buena gana!

El hombre estaba volviéndose tan insoportable que incluso Nara estaba empezando a sentir la tentación de matarle de inmediato, aunque corriera el riesgo perder la vida, o la de su hermana, en el



enfrentamiento contra el resto de matones que las rodeaban. No entendía qué habrían hecho mal o habrían dejado de hacer bien para tener que aguantar tantas tonterías. Pero la puerta trasera del lujoso restaurante se abrió al fin, y salió su jefe. Solo, sin guardaespaldas. Llevaba la chaqueta de su traje morado abierta, como si hubiera estado disfrutando hasta ese momento de una velada informal, y sobre la negra camisa de botones de debajo se zarandeaba una larga corbata roja. Detuvo sus brillantes zapatos negros en mitad de un charco, sin cuidado ninguno.

Nara y Cali inclinaron un poco y muy rápido la cabeza, a lo que respondió su jefe con un lento asentir. Luego dirigió su único ojo izquierdo hacia el tipejo insoportable, que de repente parecía inquieto.

—¿Qué son esas voces? ¿Esto es lo que entiendes cuando digo “con discreción”?

—Señor Mitsune, sí, sí, o sea, no, nadie se ha podido enterar de que las hemos traído. Estaban solas, además, y...

—¿Y te montas un monólogo a gritos detrás del restaurante donde suelo cenar?

Toyosu Mitsune mantenía dirigida hacia él su grotesca cara, desfigurada en su lado derecho por aquella larga cicatriz vertical hacia la que parecían estar siempre estirándose el resto de sus facciones. Era una herida ya sanada, y corrían rumores de que se la había hecho el día que apareció la nave marciana sobre la ciudad, ocho meses antes... Pero esas eran historias que Toyosu Mitsune no se había molestado en aclarar con nadie.

Una vez que logró callar a su subordinado con la dura mirada de su único ojo, Mitsune se volvió a mirar a las hermanas. Primero a Cali, y luego a Nara, quien sabía que era la mayor y la de la voz cantante. La menor le miraba con una expresión dura que contrastaba

graciosamente con sus facciones regordetas y algo infantiles, los ojos negros centelleando de desafío contenido entre el flequillo rubio de su cabello recogido en coleta: sabía que era una subordinada. Su hermana tenía una expresión neutra, y miraba tanto al mafioso japonés como a su lacayo gracioso sacudiendo su corta melena negra cortada a capas; no lo mostraba, pero había disfrutado mucho con la escenita de reprimenda. Las dos vestían igualmente de negro, con pantalones vaqueros elásticos ceñidos, chaquetas que imitaban el estilo motorista, sin adornos ni remaches, y botas también negras que parecían de trabajo. Siempre iban vestidas igual, y él suponía que para ellas era como un uniforme...

—Habéis matado a Tsunori Nimarada. El sobrino de un viejo amigo mío. ¿Tenéis idea de las explicaciones que tendré que dar? ¿De los favores que me voy a pasar la vida haciendo?

—Usted quería que diéramos con el tipo que usurpaba su mercado y nos lo cargáramos... —dijo Cali con el ceño fruncido e inclinando la frente.

—Sí, y eso fue lo que hicimos... —la apoyó Nara, tras mirarla un momento y ponerle una mano en el hombro—. No le preguntamos su nombre, ni le pedimos referencias, y no creo que él se imaginara para quién trabajábamos... Así que... sin duda todo esto ha sido un malentendido, ¿no?

Mitsune miró a ambas moviendo su ojo de una a otra repetidas veces. La bajita y corpulenta Cali parecía desear aplastarles el cráneo a todos, y la delgaducha Nara se movía y hablaba como si de hecho estuviera perdonándoles la vida. Esa actitud suya le había llamado la atención desde la primera vez que la vio, pero ahora mismo no le hacía ni puñetera gracia.

—Es posible que me exijan las cabezas de las dos, cuando se sepa lo que ha pasado...

—No es asunto mío, porque no sé nada de rollos entre japoneses... —empezó a decir Cali, casi en un áspero susurro y mirando fijamente la espantosa cara de locura de Mitsune—, pero lo que está claro es que, aunque usted no sabía quién le andaba jodiendo, él sí que lo sabía. De hecho, al contrario de lo que piensa mi hermana, yo creo que sí sabía que trabajábamos para usted. Y parecía no dar crédito. Ahora comprendo que tenía miedo, pero sin duda no podía creerse que usted se hubiera dado cuenta, o incluso que tuviera el valor de mandar a nadie a matarle. Quizá todo esto no represente un malentendido sin más, sino el hecho de que debería usted replantearse a quién llama “amigo”...

—¡Cállate! —le gritó el japonés, apretando su lado útil de la cara en una mueca de furia. Su rostro entero era la forma pura de un grotesco rugido, si es que eso era posible—. ¡No admito que una zorra obesa me diga lo que debo pensar! ¡¿Por qué no os hago matar ahora mismo, gorda?! ¡¿Por qué no pongo la linda cabeza de tu hermana sobre tus manos y luego te pego un tiro?!

Cali no dijo nada, pero sus hombros parecieron ensancharse diez centímetros mientras se le hinchaba el pecho y se le enrojecía el pálido rostro.

—No lo haré, señor, porque somos lo mejor y más inteligente que tiene ahora... —expuso Nara volviendo a poner una mano en el hombro de Cali, a su lado—. La nueva policía del Triunvirato tiene a todo el mundo contra las cuerdas, y sus hombres —Nara deslizó una fugaz mirada al tipejo insoportable, que permanecía a la izquierda de Toyosu, a prudente distancia— no son ni los más listos ni los más valientes. Mátenos, si quiere, pero tardará en dar con recursos de nuestro nivel, y difícilmente podrá volver a solucionar problemas como el del sobrino de su... “amigo”.

—Sí, hablas bien, puta —dijo de inmediato Mitsune, pero enfrentando aún la mirada de su ojo con la de Cali, quien seguía colorada de furia—. Pero tampoco hace tanto que os conozco, y me

da la impresión de que vuestra lealtad pende de un hilo.

—Eso es porque está acostumbrado a la lealtad mediante el miedo... Se ha rodeado de cobardes y mediocres que no tienen cabida en el nuevo orden de las cosas, es decir, se ha acostumbrado a tener que trabajar con lo que queda del extinto mundo del hampa de esta ciudad... —insistió en seguir hablando Nara, sin mostrar afección alguna por el insulto, atrayendo al fin la atención de Mitsune—. Nosotras necesitamos esto. Porque se nos da bien, y pocos pueden pagarlo. No somos avariciosas. Puede que suene extraño, pero nos gusta la seguridad de una relación laboral duradera, así que... ¿no hay manera de recuperar la calma? Y lo digo por todos...

Cali miró a Nara a los ojos al sentir que su mano le apretaba varias veces el hombro derecho. Entendió que era mejor retener toda su hostilidad, pero la verdad es que no sentía respeto por ninguno de esos hombres. Cali no creía como su hermana en que debieran ser un engranaje en ningún mecanismo. Cali creía que podían ganarse la vida solas. De hecho, ¡Cali quería ser una justiciera! Como se contaba antes sobre el desaparecido Rostro De La Locura... o del infame detective Elangel Pulois. Pero Nara era pragmática, y había decidido que era más fácil ofrecer sus peculiares servicios como mercenarias que intentar hacerse un nombre por sí mismas en una ciudad donde el control y seguridad aumentaban cada día. Y Cali... siempre acababa haciendo lo que Nara decía.

De modo que Cali se relajó, y su color pálido natural le volvió a la cara, aunque a cambio empezó a morderse el labio inferior, de frustración...

—Vale, nos calmamos —repuso Mitsune, pero sin parecer en absoluto calmado—. Sois unas putas impertinentes, ¡las dos! No mucho tiempo atrás ya os habría mandado ejecutar sólo por vuestros modales. Pero como dice la hermana mayor, no tengo nada mejor —esto lo dijo Mitsune mirando de soslayo a su lacayo, el “monologuista”—. Pero a cambio de pasáros este puto lío que me

habéis montado, me vais a arreglar otro asunto...

—Mientras pague, seguimos siendo sus empleadas —expuso Nara abriendo las palmas hacia él.

—Esta mierda se la iba a encargar a Elangel Pulois y su putito monstruo, pero parece que ahora se cree un detective de verdad, y ya no se dedica a esto... ¡Ya ni siquiera tiene monstruo, el inútil! —nadie se fijó, pero a Cali una expresión de emoción le había cruzado por un segundo los ojos—. Necesito que os carguéis al jefe de gabinete de la campaña del candidato a alcalde Wise.

—No suena complicado... —dijo Nara para expresar su conformidad.

—Porque no es complicado... —la interrumpió Mitsune—, sino lo siguiente. El jefe de gabinete es un estirado jovencito llamado Kyle Avatar. No sólo dirige la campaña política usando toda la logística del Triunvirato, sino que además es el lugarteniente directo del señor Wise dentro de esa organización. Así que dudo mucho que lo tengáis fácil. Aparte de estar escoltado por la policía del Triunvirato, es muy probable que él mismo sea un tipo peligroso. Elangel Pulois me dijo que Avatar, cuando él le conoció, era un hombre mucho mayor de lo que yo le expuse, así que es posible que el tío ande usando a señuelos con su misma identidad. Ahora no sé qué creer, pero que yo sepa, Kyle Avatar es el hombre que os estoy describiendo.

—¿Tan complicado cree que es de matar? —insistió Nara. Miró a Cali un momento, agradeciendo que se hubiera calmado tan rápido.

—Sí, lo creo, y ese no es el único problema. Le quiero fuera del mapa, pero no quiero que su muerte me apunte a mí. Intento pasar por un hombre respetable hasta que sea capaz de acabar con las pretensiones de control del candidato Wise y su Triunvirato, y no quiero convertirme en objeto ni de sus investigaciones ni de alguna clase de sucia venganza de su nueva policía subcontratada.

—Nosotras investigaremos y eliminaremos a ese tal Avatar. Le demostraremos que somos confiables, señor —Nara inclinó levemente la cabeza, como cuando le saludaron al principio.

Cali sólo se le quedó mirando. Sin dejar de morderse levemente el labio inferior.

\*\*\*

—Esto no me parece bien, Nara —dijo Cali revolviéndose en el asiento del acompañante del sedán negro, mirando por su ventanilla hacia la entrada del viejo edificio de tres plantas.

La instalación era una vieja estación de bomberos que había permanecido años abandonada hasta que el Triunvirato se había apropiado de ella el mes anterior, al parecer aportando una generosa donación a la administración pública inmobiliaria actual. Kyle Avatar había hecho del edificio una especie de segundo ayuntamiento, no sólo concentrando allí todas las tareas administrativas que el Triunvirato ofrecía como nueva compañía pública, también permitía durante todo el día el paso de los ciudadanos para realizar consultas e interactuar con las nuevas tecnologías que el candidato Wise prometía para la ciudad si salía elegido alcalde durante las próximas elecciones.

Aquel lugar, por lo que habían podido averiguar, lo dirigía Kyle Avatar, mientras que el candidato, que todo el mundo conocía simplemente como “señor Wise”, no parecía salir nunca del recién inaugurado semi rascacielos cerca del centro (aún en reconstrucción) de la ciudad. Avatar era un joven de unos 22 años, rubio, pero con el pelo rapado y lampiño, de ojos azules, muy apuesto, y que normalmente vestía ajustado uniforme negro de corte militar, al estilo de la policía del Triunvirato, pero sin protección. No había manera de saber nada de su pasado relacionando su nombre con su descripción, no se sabía nada de él antes de que el Triunvirato se diera a conocer, inmediatamente después de los derrumbes en el centro por la aparición de la nave alienígena. La única pista, de todos modos, que

ponía en duda su verdadera identidad, era la mencionada por Mitsune: el hecho de que el detective Elangel Pulois lo hubiera descrito como un hombre mucho mayor, de cabello y barba ya blancos.

—Pero si ayer estabas emocionada, diciendo “¡Un trabajo que era para Elangel Pulois! ¡Un trabajo que era para Elangel Pulois! ¡Vamos a ser como él!” —le contestó Nara, aún con las dos manos (enguantadas en mitones negros para conducir) sobre el volante—. ¿Qué te pasa ahora? Queda una hora para que cierren el centro, sólo está el objetivo y seis policías de vigilancia del Triunvirato.

—No sé... Es como la sensación de Mitsune. Es decir, estos tipos van de que... van a limpiar la ciudad, pero... ¿no sientes que no son trigo limpio? ¿No sientes el peligro?

—¿La sensación de Mitsune? Cali, no sé de qué hablas...

—Pues por cómo habla del Triunvirato, les tiene miedo. Y creo que más del que reconoce. Creo que él intuye no sólo que serían capaces de intentar matarle... ¡el cree que lo conseguirían!

—Cali, aquí las asesinas somos tú y yo... Esta gente son una secta de burócratas y técnicos, ¡el Triunvirato es casi como una asociación de beneficencia! Sus polis privados seguramente son cabezahuecas de gimnasio a los que les han comido el tarro con su propaganda, o como mucho mercenarios de tercera categoría... Incluso sus armas parecen de juguete, Cali, tan pequeñas y como de plástico...

—Da igual, olvídalo —quiso terminar Cali, meneando una mano hacia atrás, mientras veía a los últimos de los empleados oficinistas del centro cruzar las puertas nuevas de cristal, despidiéndose con cordialidad de los vigilantes enmascarados y en posición de firmes del interior—. Entramos como acordamos, ¿no?

—Sí, nos acercamos como dos inocentes ciudadanas, y pasamos, a cara descubierta. Matamos a todos. Cuando terminemos echaré un

vistazo por si tuvieran algún sistema oculto de cámaras...

—A simple vista no había...

—No las va a haber, te digo yo que esta gente es inofensiva —sentenció Nara, con cierto desprecio—. Mitsune tiene que tener miedo, pero no del Triunvirato. Si acaba mal será por sus propios hombres.

—Creo que esos eran los últimos, Nara —avisó Cali.

—Sí, los veo. Venga, que empiece la fiesta —Nara comprobó la recámara de su compacta pistola de nueve disparos, y le atornilló el silenciador. Y acto seguido abrió su puerta.

Cali esperó a que su hermana ya terminara de rodear el morro del coche para salir también. Ella ya llevaba su propia arma apretada contra el cuerpo dentro de la ajustada chaqueta. Cruzaron la calle de doble sentido y empezaron a subir los siete escalones hacia las puertas automáticas de cristal blindado. El par de vigilantes enmascarados volvieron sus negras miradas opacas hacia ellas. Ambas fingían una conversación trivial, sonriendo y gesticulando, mientras se les acercaban. Se apresuraron a cruzar las puertas y alzar uno de ellos una mano mientras se le oía prevenirlas, con voz ahogada bajo su máscara.

—¡Señoritas, el Centro Ciudadano del Triunvirato ha cerrado sus puertas al público hace una hora!

Cali se había adelantado a Nara, y cuando los dos guardias se le interpusieron, se hizo a un lado y desde varios escalones por debajo Nara les soltó dos silenciosos disparos. Uno para cada cabeza.

—¡Vamos bien! Coge a ese, y adentro —le dijo Nara, mientras cogía del brazo al de su izquierda y al tiempo le disparaba de nuevo a la cabeza y al corazón. Hizo lo mismo con el otro, mientras Cali lo arrastraba con mucho menos esfuerzo—. Ayúdame un poco, guapa.



Cali estiró su brazo derecho para coger por debajo de un hombro al otro guardia, y con facilidad se lo quitó a Nara. Los pasó dentro del edificio y los apartó junto a una recepción del lado derecho de la entrada.

— Te lo dije... ¡Aficionados! —le susurró Nara a Cali, palmeándole el trasero mientras ella ponía un cuerpo sobre el otro, como si se abrazaran—. ¡Quedan cuatro, deben estar arriba, esperando a Avatar!

Cali al fin sacó su arma, también con silenciador. Cruzaron el corredor hasta el centro del edificio, y empezaron a subir con todo sigilo las escaleras centrales. El despacho de Avatar estaba en el segundo piso. Aquella era la única salida, la única manera de bajar; la barra para emergencias del viejo cuartel de bomberos se había retirado, y cerrado su espacio en el suelo de todas las plantas. Con toda atención hacia la accesibilidad de la ciudadanía, las escaleras habían sido remodeladas para ensancharlas y proveerlas de un avanzado sistema de carriles para transportar sillas de ruedas. Cali y Nara nunca habían visto nada como eso, y concentradas como estaban, no comprendieron en ese momento el cometido del voluminoso artillero.

El segundo piso también había sido remodelado por completo, y todo eran unas oficinas separadas en cuatro grandes grupos por tabiques de cristal. Ambas se acercaron hasta el nivel del piso echándose sobre los peldaños, y asomando apenas sus miradas por encima del último. Las mesas y sillas que abarrotaban los departamentos les impedían comprobar la posición de los guardias en ese momento.

Cali miró a Nara esperando sus instrucciones. Ella tomaba las decisiones operativas. Le indicó con un par de gestos que se adelantaría a mirar. Cali asintió, y esperó, con el arma en su diestra. Vio a su hermana moverse a cuatro patas con su delgado cuerpo por encima de los últimos escalones y luego más allá, por el suelo. Por un

momento la atacó el amargo recuerdo de cuando perdieron su casa, siendo niñas... y de la forma oscura, desgarbada y siniestra que a veces corría hacia ella desde rincones oscuros en sus recurrentes pesadillas, con ojos que brillaban entre cabello enmarañado... Se frotó la chata nariz y los ojos intentando quitárselo de la mente. Lo consiguió a medias, pero centró de nuevo su atención en Nara.

Mirándola desde las escaleras, vio cómo rodeaba la pared de cristal por el lado derecho del departamento y se asomaba por los lados y por encima del escritorio más cercano. Se volvió hacia ella, y le hizo gestos de que avanzara hacia el lado izquierdo de las oficinas. Cali se movió arrastrándose con rapidez, evitando golpear en el suelo con el metal del arma, hasta que se pudo parapetar tras otra mesa, al extremo contrario de la oficina. Se asomó, pero sólo vio a un guardia de pie, frente al despacho de Kyle Avatar. Cali interrogó a Nara con un gesto sobre la posición de los tres guardias que faltaban. Ella le contestó con rápidas gesticulaciones que debían estar dentro del despacho, con Avatar. Tenía que ser así, pensó Cali... No había otro lugar en el piso donde pudieran estar ocultos a la vista, salvo los baños y un par de cuartos que eran un almacén de archivos y un trastero para el servicio de limpieza.

Nara le insistió en que se encargara del agente, en silencio. Cali se empezó a mover con completo sigilo, evitando entrar en contacto visual. Cuando estuvo lo bastante cerca, a unos cinco metros, se puso en pie al tiempo que disparaba contra la frente de la máscara del policía mercenario. Cali lo alcanzó a toda velocidad antes de que cayera de costado al suelo, evitando que hiciera ruido alguno. Lo dejó en el suelo con cuidado y lo arrastró para alejarlo un poco del despacho, y permitirles maniobrar a ambas en su entrada. Para cuando se volvió y avanzó hacia la puerta del despacho, esperaba encontrarse a Nara junto a la puerta, pero no estaba. Se giró hacia el escritorio al otro lado del departamento, donde la había visto por última vez. Allí estaba.

Nara la miraba. Cali creyó por un momento que le sonreía como una idiota, quizá mostrándole orgullo, pero se le erizó la nuca, y un sudor frío como de bajada brusca de la tensión la recorrió por entero. Nara tenía la boca estirada de una manera grotesca hacia las orejas, y los ojos le brillaban entre los mechones negros de su cabellera. Cali, inmóvil, miraba al monstruo de Nara, inmóvil, pero que ya empezaba a bufar, con cada vez más fuerza, al ritmo de su respiración acelerada. De pronto empezó a gritar.

—¿Qué es eso?! —dijo una voz ahogada dentro del despacho.

La puerta se abrió, y dos guardias salieron apuntando a Cali con sus pequeñas pistolas estandarizadas, de aspecto como de juguete.

—¡No se mueva, señorita! —le gritó uno de ellos desde el interior de su máscara, mientras el otro la rodeaba moviéndose hacia la izquierda.

—¡Es Sansa! ¡Está muerto! —exclamó, al llegar hasta el cuerpo de su compañero—. Suelta el arma... ¡Suéltala!

Cali dejó que el tipo le golpeará en la mano e hiciera que se le cayera la pistola, aún en shock como se encontraba. ¿Dónde estaba Nara? Ya no la veía...

—¡Joder, parece ida! ¿Será una yonki? —exclamó el primer guardia, que aún la apuntaba—. ¿Mandan a una zorra drogata a atacarnos?

Tan pronto como dijo eso, Nara apareció gateando tras una mesa y se lanzó sobre él, cerrando su grotesca mandíbula transformada sobre el cuello y parte del trapecio izquierdo del hombre. Su lengua, ahora larguísima y morada, aleteaba entre sus dientes y lamía la sangre de los mordiscos que no paraba de propinarle. El tipo disparó un par de veces al suelo, cayendo a trompicones con ella encima, los dos pataleando y zarandeándose, rodando por el suelo como si trataran de violarse mutuamente de la manera más dolorosa.

Cali espabiló: aprovechando la oportunidad de que el segundo agente apuntó hacia la pelea su arma, le sacudió una poderosa patada baja en el muslo, haciéndolo caer de rodillas, y luego un puñetazo a la altura de la mandíbula con tal fuerza que lanzó al hombre contra la mesa más próxima, derribado.

—Mátela. Vamos, mátelas a las dos.

Kyle Avatar, desde el interior del despacho, había dicho eso, mirándola a ella directamente mientras recuperaba del suelo la pistola y la disparaba contra él. Se apartó a un lado, esquivando los dos disparos que ella hacía, y el último guardia salió del despacho a toda velocidad, abriendo fuego con su pequeña pistola a la vez. Se tirotearon mutuamente, sin llegar a darse, Cali en retirada, escondiéndose tras las mesas, el agente obviando la agonía de su compañero con el monstruo de Nara, y descargando su arma mientras la seguía. Cali oía a Nara bufar y sorber, mientras se comía al hombre, que gritaba cada vez con menos fuerza, agotado y desangrado. No quería perderla. Estaba llorando. ¿Cómo iban a salir las dos de allí?

—¿Qué es eso? ¡Mátelo! —oyó que decía Avatar. Cali asomó un ojo por encima de la mesa. Parecía mirar al monstruo en que se había convertido Nara, y le pedía al guardia que la ejecutara—. ¡Vamos, mátelo!

—¡A la orden, señor! —respondió ahogadamente el policía del Triunvirato, retrocediendo unos pasos hasta cerca del despacho y apuntando hacia la lucha en el suelo.

Cali se apoyó sobre la mesa y descargó su arma contra el agente a discreción, alcanzándole en el brazo derecho sólo con uno de sus tres últimos disparos. Al guardia se le cayó el arma, y Cali salió corriendo hacia él, aprovechando que estaba desarmado. El hombre tuvo reflejos y extrajo su porra corta de madera de su cinturón, usando la mano izquierda. Intentó detener la salvaje carga de Cali haciéndola

caer hacia su cabeza según se le acercaba, pero subestimó en gran medida los reflejos y fuerza de la pequeña mujer. Cali desvió el golpe con su antebrazo derecho al tiempo que giraba las caderas y dirigía su prieto y denso puño izquierdo directamente contra el centro de la careta del guardia. No sólo le impactó con el terrible puñetazo, sino que con la carrera le aplastó la cabeza contra la mampara de cristal que separaba detrás otro departamento, haciéndola saltar en mil pedazos con gran estruendo y a él caer más allá, quién sabía si inconsciente o muerto. Cali oyó un desesperado grito tras ella.

Al volverse, Nara la miraba en cuclillas sobre el guardia que se había estado comiendo, que aún pateaba con languidez, como si se resistiera a morir. Le estaba gritando a ella, mientras hacía aletear la lengua morada de un lado al otro de la ensanchadísima boca, los brillantes ojos examinando los suyos y al tiempo vigilando con rapidez el más mínimo de sus movimientos.

—¡Nara! ¡No lo hagas! ¡Soy Cali, Nara! ¡SOY CALI! —le gritaba cada vez más fuerte, mientras retrocedía sobre el cristal reventado, hacia las mesas de ese lado.

Cali pudo ver que Kyle Avatar se asomaba de nuevo desde la puerta de su despacho, y sintió un nuevo acceso de surrealista pánico: el hombre no parecía asustado en absoluto, de hecho contemplaba lo que ocurría con una curiosidad metódica. Era absurdo, pero se sentía manipulada, de alguna manera. Como un ratoncito al que sueltan en un laberinto. ¡No comprendía nada!

—¿Qué está pasando, joder?! —le gritó Cali a Avatar, quien se acercaba al soldado moribundo, mientras ella retrocedía entre las mesas, seguida con lentitud por el monstruo reptante de Nara.

—Aguante un poco, soldado —le susurró Avatar al hombre herido en el cuello y el hombro, agachándose a examinarle—. Ya vienen los refuerzos, se pondrá bien —y dirigiéndose a Cali, alzando la voz—. ¡Es usted quién parece conocerla, señorita! ¡Pero... si quiere

una respuesta... yo diría que está buscando el pedazo de carne más succulento!

Cali pensó que la broma era justa. El tipo no tenía nada que ver con lo que le pasaba a Nara; se mostraba impasible porque era un psicópata, ¡como ellas mismas! Aquello era un asunto estrictamente familiar. Cali decidió no retroceder más. No quería hacerle daño a Nara, pero si ese monstruo pensaba que se dejaría comer... Se puso en posición de guardia, con los puños en alto.

—¡Nara! ¡No deberías hacerlo! —el monstruo de Nara pareció dudar un segundo, como si recordara o sintiera toda la fuerza que la bajita y ancha Cali tenía. Pero aun así cogió impulso—. ¡NARA!

El grito de Cali fue como una señal, y Nara saltó hacia ella con las manos por delante y la boca totalmente abierta, buscando caer en su cuello o pecho. Pese a la rapidez del monstruo, Cali supo retroceder un paso y soltarle un brutal puñetazo ascendente que hizo al monstruo de Nara cerrar la mandíbula con un violento chasquido, y dársele la vuelta a todo el cuerpo cuando la cabeza le salió lanzada de vuelta hacia arriba y hacia atrás. Nara cayó de espaldas, pero se volteó con lentitud sobre su nuca, pareciendo que el cuello se le había vuelto de goma. Quedó, al final, tumbada boca abajo en el suelo, con abundante sangre oscura saliéndosele de la boca. Cali permaneció inmóvil, bastante asustada tanto del monstruo como de haberle hecho demasiado daño. Nara alzó su cara hacia ella.

Toda su ancha boca antinatural borboteaba de sangre casi negra. La lengua morada colgaba de apenas unos hilos de carne, que no debían ser más que unas venas o arterias. Nara sacudía la mandíbula inferior como si sintiera el dolor de la lengua y quisiera sacudírselo.

—¡Oh, joder! ¡Nara! —gimió Cali, con nuevas lágrimas empañándole la vista. Quería acercarse a abrazarla o mirarle la grotesca herida, pero Nara estaba saliendo de su aturdimiento, y ya le bufaba de nuevo, escupiendo mucha sangre—. ¡Nara, ya vale! ¡TE

DESANGRAS, PUTA IMBÉCIL!

Cali empezó a tirar de las mesas más cercanas y a empujarlas para impedirle a Nara acercársele. El monstruo que era su hermana se debatía esquivándolas y avanzando a rastras sobre ellas, sin perder de vista a su presa, pero dudando de volverla a atacar...

Sonaron varios pasos que venían desde las escaleras. Cali miró hacia allí, y aparecieron repartiéndose por el piso varios policías privados más, acompañados de un extraño hombre con un casco blanco, redondo, lleno de pequeños orificios agrupados en una forma cuadrada en la parte de la cara. Caminaba con rapidez, dejando atrás al turbado y precavido equipo de guardias, sacudiendo su oscura y larga levita cerrada, moviendo las manos cubiertas por guantes negros con decisión al son de sus pasos. Los orificios de su extraña careta estaban dirigidos hacia ellas.

—¡No las mate, señor Stojkheim! —le gritaba Kyle Avatar, mientras le observaba rodear, al otro lado de los cristales, los departamentos—. ¡El señor Wise las quería vivas! ¡¿Me oye?!

—Claro —le respondió el tipo de la máscara, deteniéndose a un lado de ellas dos, tras una mampara de cristal. Su voz sonaba extraña. Como si procediera de una megafonía electrónica estridente, y omnipresente—. Yo lo oigo todo.

Cali le miraba, asustada, desconcertada, sin dejar de luchar contra Nara con las mesas, buscando evitar el conflicto directo con ella. No quería hacerle más daño. Y entonces el cristal ante el hombre del casco blanco estalló como por arte de magia, y a ello le siguió un intenso zumbido en sus oídos que hizo desaparecer todos los demás sonidos. Ni siquiera pudo Cali oír los diminutos pedazos del vidrio sobre el suelo. El zumbido parecía tirar de sus tímpanos hacia afuera, como si se los fuera a arrancar de cuajo una poderosa ventosa. Se tapó las orejas con las palmas, sin que ello sirviera de nada, y cayó de rodillas primero, y luego de espaldas, dolorida como pocas veces en

su vida. Se empujó con las piernas para alejarse más de Nara, que también caía atolondrada desde encima de las mesas, sacudiéndose con la lengua aún colgando, y manoteándose la cabeza, aquejada del mismo sufrimiento que Cali.

No oía nada. Pero sabía que gritaba, y sabía que su hermana también. Veía la sangre acumulada en su paladar salir disparada como si fuera un spray de difusión, siguiendo la dirección de sus seguros y poderosos gritos de dolor. Cali apenas podía ni pensar, con ese zumbido. El hombre del casco blanco se acercó hasta ellas, y se inclinó sobre el monstruo de Nara, como examinándola. Nara intentó morderle una de sus manos enguantadas, al sentir que la tocaba en el hombro, y él esquivó por muy poco el mordisco. Se puso en pie y apretó los puños. Parecía contrariado. E inclinó su cabeza sobre el cuerpo de Nara, y Cali vio que ella se retorció, como si el hombre soltara sobre ella más de ese grito sin voz. Su hermana mayor se retorció convulsa y acabó arqueando la espalda de una manera imposible, tirada de costado en el suelo como estaba, su grotesca cara de monstruo vuelta hacia Cali.

Nara apretó los dientes de su boca asesina y terminó por arrancarse la lengua. Los ojos brillantes se le velaron, volviéndose blancos. Cerró los ojos, y al momento los globos oculares se le escurrieron de las cuencas, gelatinosos y blandos, como derretidos, sin que sus párpados pudieran contenerlos. Cali no podía oír nada más que el zumbido, pero su mente le hacía oír el grito de su hermana, y sonaba con su voz. Su voz humana, no la monstruosa.

Aún aturdida se puso en pie y cargó contra el hombre del casco. Le soltó una violenta patada al pecho que lo tumbó de espaldas. Los guardias de más atrás empezaron a disparar contra ella. Como no oía los disparos y apenas sentía nada que no fuera el dolor de la cabeza, recibió dos disparos en el brazo y otro en el hombro de su lado derecho, pero sin inmutarse. Se acercó a Nara y la zarandó. Parecía inconsciente, o muerta.



—¡Nara! ¡Nara, hay que irse! ¡Vamos! —Cali decía esto, mejor dicho lo balbuceaba, incapaz de escucharse a sí misma.

Cali no lo pudo ver, pero el hombre del casco, desde el suelo, dirigió su careta de orificios hacia ella y volvió a atacar. Cali esta vez estaba segura de que moriría. Se dejó caer de lado junto a Nara, sintiéndose como si hubiera recibido un martillazo en la cabeza. Los huesos de brazos y piernas parecían vibrarle desde la médula, y los órganos se le removían como si fueran a salirse vomitados o disparados en una grotesca diarrea. Cali gritó, sin oírse. Rompió en un grito estentóreo, mientras se arrastraba sin ser capaz de oírse ni de abrir los ojos, del intenso dolor que sentía. Pero gritó a pleno pulmón, contra el suelo, ante su cara. Se sintió un poco mejor, con fuerzas para moverse. ¡Y las aprovechó!

Cogió aire de una sola vez y rompió a gritar de nuevo, mientras se ponía en pie y salía corriendo de frente sin saber hacia dónde iba. Con la ayuda de los disparos que intentaban acabar con ella, embistió y rompió la mampara de cristal con la que se topó de frente, cubriéndose la cabeza con los antebrazos, y siguió corriendo sin dejar de gritar hasta que atravesó también el frágil ventanal de la fachada, cayendo desde ese segundo piso hacia la calle. Sintió durante apenas un segundo el vértigo de la caída libre, y el alivio del cese de la presión en todo su cuerpo. Y antes de poder pensarlo, se estampó contra el asfalto, de costado, con los brazos aún cubriéndole la cara.

El hombre del casco blanco se asomó a mirarla desde el filo del ventanal roto. No se movía.

—Le dije que no las matara —le dijo Kyle Avatar, asomándose a mirarla también, a su lado.

—Usted está vivo, ¿no? Es lo que importa —se defendió el del casco, con su estridente voz.

—¿Qué le pasa? —Avatar miró el perfil del casco, intentando

imaginarse su expresión—. ¿Arrepentido?

—En absoluto —hizo un gesto leve hacia la chica, en la calle, con su mano derecha—. Es la primera persona que se me ha resistido...

—Tampoco lo suficiente —afirmó Avatar, volviéndola a mirar—. Pero podrían haber sido una buena adición a nuestras fuerzas, si hubiéramos tenido la ocasión de capturarlas vivas... De hablar con ellas... Usted podía reducirlas sin eliminarlas y las ha radiado hasta la muerte...

—Usted y su preocupación por la gente... ¡Por sus hombres! Eso le traerá problemas, Avatar —despreció, meneando la mano izquierda por encima de su hombro.

—El Triunvirato busca hacer del mundo un lugar mejor, señor Stojkheim —repuso con severidad Kyle Avatar, volviéndose a mirarle. El aludido volvió su cara de pequeños orificios hacia él—. ¿Usted qué busca?

Y le dejó tras el breve ejercicio de retórica, reuniéndose con los guardias de más atrás para supervisar el transporte de los heridos. Una vez solo, Rob Stojkheim se volvió a mirar por un momento a la joven Cali, tirada a un metro de la acera, en la carretera.

—¿Qué busco? —hizo crujir para sí un susurro electrónico—. Una voz que me plazca escuchar... Nada más.

\*\*\*

Para cuando los guardias empezaron a salir del edificio, prestos a recoger de la calle el cuerpo de Cali, se encontraron con que la chica ya no estaba. Apenas un rastro de sangre se difuminaba unos metros, como si ella hubiera sido capaz de ponerse en pie e irse apresuradamente.

—¿Ha visto esto? —preguntó Stojkheim, poniéndose en cuclillas

en el sitio donde la chica había caído. El asfalto estaba ligeramente agrietado en algunos lugares, además de sucio de sangre—. Ha sobrevivido.

Avatar se acercó a buen paso al oír el anuncio de la voz de megafonía de su compañero.

—No es tan difícil sobrevivir a esa altura... —dijo, alzando la vista hacia el segundo piso de las oficinas del centro.

—No, pero sí ser capaz de irse uno por su propio pie, ¿no cree?

—Examinarán el cuerpo de la otra, quizá eso nos dé alguna pista sobre sus capacidades... Parecían muy unidas, posiblemente sean familia.

—Si es así —empezó a decir Stojkheim tras ponerse en pie y sacudirse las manos enguantadas, como dando todo el asunto por concluido, y dirigiendo su cara de orificios directamente hacia Kyle Avatar—, significa que el Triunvirato no será nunca un concepto positivo para esa chica...

\*\*\*

Cali no había perdido el conocimiento al caer contra el suelo. Sintió un dolor penetrante en codos y rodillas, y en la cadera y buena parte de la espalda, y el esternón, pero si había permanecido inmóvil en el suelo fue de puro aturdimiento, y del mismo dolor. Un dolor tan pesado que ni la dejaba moverse. Se había sentido como si la enorme esfera que era la Tierra la estuviera aplastando con su peso sobre sí misma, y apenas podía expandir sus pulmones para poder respirar. Poco a poco el dolor pesado fue apagándose, y recuperó el control de su cuerpo. Había empezado a arrastrarse a cuatro patas sobre el asfalto, pero enseguida se incorporó para acercarse cojeando a la fachada del centro del Triunvirato y apoyarse en él para poder seguir avanzando.

Cali lloraba. Tanto del intenso dolor como por todo lo vivido. La repentina transformación de Nara. Su lucha contra ella. El hombre de la cabeza altavoz. Los ojos de Nara, reventados. No entendía cómo podía haberse jodido todo tan deprisa...

Pensó que Nara debía tener la misma edad que su madre cuando también se había convertido en monstruo. ¿Significaba eso que ella también se volvería un monstruo, una noche, llegada a cierta edad? Aún le quedaban al menos cuatro años para comprobarlo...

¿Qué iba a hacer? Se sentía perdida sin Nara. Su hermana mayor era lo único que tenía. La única persona en quien confiaba. No volvería con Mitsune. Hacerlo sería además una segura condena de muerte, visto el resultado del asalto de esa noche. Iría a uno de los pisos secretos que Nara y ella tenían preparados por si necesitaban ocultarse. Antes que nada necesitaba recuperarse. Y rearmarse.

\*\*\*

Cali se desnudó con bastante esfuerzo. Descubrió con miedo que tenía agujeros de bala en el brazo y hombro derechos. Tres disparos. Necesitaba sacarse los balazos, pero no sabía si podría hacerlo sola. Como un remedio temporal, se selló los orificios con apósitos y esparadrapo, y pese al intenso dolor de las heridas, decidió lavarse entera con agua tibia usando una esponja.

Ahí, inmóvil frente el espejo del lavabo, con su melena rubia suelta y la cara apretada en un gesto de pucheros que no hacía desde niña, estuvo llorando durante cerca de una hora. Cuando se cansó, permaneció con la cara sucia de lágrimas secas, inmóvil, otros veinte minutos. Al fin, abrió de nuevo el agua, se frotó la cara y salió del baño, casi tiritando.

Sentía frío, pero un calor intenso y doloroso donde las heridas de bala. No quería ir a un hospital, por razones obvias. Si lo hacía, unos u otros darían con ella, y fin de su historia. Miró en el espejo del

armario del dormitorio su rotundo físico. Era bajita y ancha, pero más que nada una masa de músculos, pese a sus buenas formas redondeadas. Estaba hecha para sobrevivir. Mucho había aprendido de Nara. Quizá no pudiera hacer las cosas como ella las haría, pero saldría adelante, aunque fuera base de partir mandíbulas.

Primero necesitaba un médico, alguien que le sacara las balas de esas heridas. Se sentó en la cama, y luego se dejó tumbar, hecha polvo. Se durmió antes de poder pensar en nada más.

Se despertó unas horas después, de madrugada, bastante antes del amanecer. Estaba sudando. Había tenido sueños retorcidos y extraños. Pesadillas donde se mezclaban horrores del pasado con los recién vividos. Y una obsesión que resplandecía en mitad de todo con la fuerza de un grito por megafonía que pronunciaba dos palabras: Elangel Pulois.

Mitsune había insinuado que el hombre no era ya lo que se contaba de él por las calles. Podía ser cierto, o podía no serlo. Pero sí sabía que el detective tenía un colega médico que le hacía las veces de curandero personal. Un tipo que tenía su propia clínica privada, para gente como ella, que no quería pasarse por un lugar público. Era una locura. Era posible que el hombre ni siquiera ejerciera ya de médico, pero era una conexión (algo forzada pero plausible) con el mítico e infame detective privado. ¿Sería verdad que ya no tenía a su monstruo? ¿Alguna vez habría existido realmente un monstruo?

Cali sentía un impulso agri dulce. El de la libertad, por estar sola y no tener nada más que perder que la propia vida, y el de la venganza, por la muerte forzosa de su hermana a manos del Triunvirato. El nombre de Elangel Pulois siempre había sido más un mito que otra cosa, una serie de interrogantes cuyas respuestas variaban según las bocas que los respondieran. Al menos era una persona real, ¡el mismo Mitsune decía haber hablado con él!

Cali se acercó a la estrecha ventana del dormitorio del

apartamento. La ciudad contaminaba con una apagada luz verdosa el techo de nubes que la cubría. Parecía que un hedor radiactivo se desprendía y condensaba en el aire. Se decidió y empezó a vestirse con su acostumbrada ropa negra, cuidando de no tocarse mucho los sencillos vendajes sobre las heridas de los disparos.

Sabía que se agarraba a una esperanza que más bien era sólo ilusión. Pero no tenía nada más. Intentaría dar con la consulta de Thomas Hardman, el amigo de Elangel Pulois.

Y a partir de ahí... que pasara lo que tuviera que pasar.

FIN

